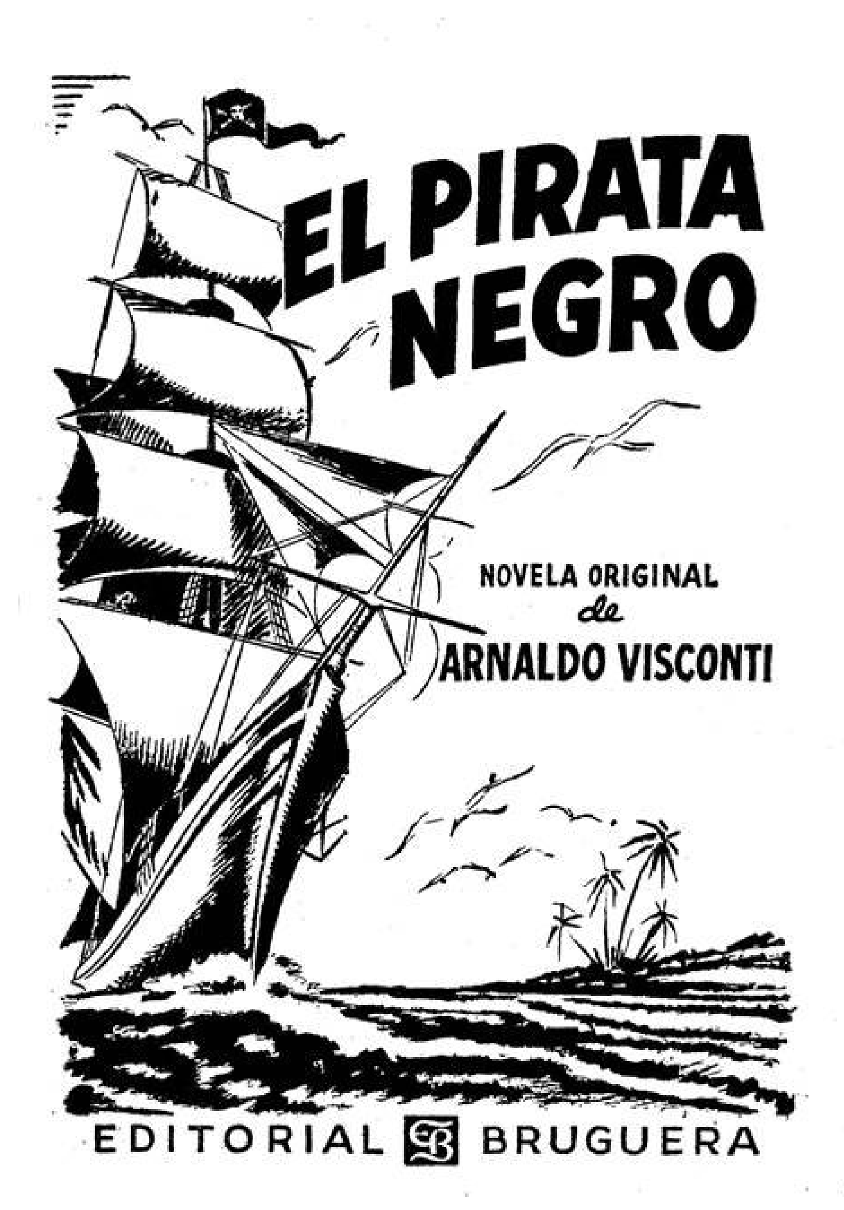
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPI... CO...

PROVENSAL

3 PTAS

"MEZZOMORTO"



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Mezzomorto

Colección El Pirata Negro n.° 24

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


MEZZOMORTO
por
ARNALDO VISCONTI

CAPITULO PRIMERO

Arriando pabellón

No pasarían de un centenar los hombres que, formados en tres hileras, aguardaban en la playa bajo el sol.

Sus abigarradas vestimentas denotaban que, además de ser gentes de mar, no podrían ser acusadas de rebuscamiento en elegir sus ropas: Los aristocráticos chambergos remendados mezclábanse con los tricornios corcusidos y los gorros de lana plebeyos y sucios...

Los hombres en su mayoría iban desnudos de cintura arriba, y casi todos los rostros tenían de común una adusta seriedad y una gran falta de aseo.

Cercano a la orilla, estaba anclado un velero que ostentaba un pabellón con un aguilucho cerniéndose en vuelo hacia abajo, y cuando de él se destacó una lancha conduciendo a dos hombres y un remero, en las tres filas de piratas que aguardaban hubo un movimiento de rectificación.

Todos procuraron arreglar en lo posible sus ropas, y alguno que otro se escupió abundantemente en las manos para intentar dar a sus hirsutos cabellos cierta apariencia de arreglo.

Un individuo corpulento y de rostro con múltiples cicatrices miró hacia las tres hileras de las que se hallaba situado a pocos pasos.

—¡Pecho fuera y tacones juntos!— gritó “Cien Chirlos”—. ¡Sin cubrecabezas!

La orden del lugarteniente del Pirata Negro fué prontamente cumplida. Y Carlos Lezama, el Pirata Negro, vino a detenerse ante la agrupación de piratas. Tras él quedóse en indolente postura, un pelirrojo de elegante apariencia, manco del antebrazo izquierdo.

Carlos Lezama, brillantes los negros ojos por una burlona

sonrisa, colocóse los dos puños en las caderas, quedando con los brazos en jarras.

—Poneos cómodos, mis valientes— empezó a decir. Tengo que hablar unos largos instantes, y no quiero que a mis pesadas reflexiones se unan los molestos rayos del sol al caer sobre vuestras crestas sin cubrir.

Diego Lucientes, el manco pelirrojo, dió el ejemplo cubriéndose con el tricornio azul. Era un hombre rico y libre, pero gustaba de demostrar que se consideraba siempre a las órdenes del hombre bajo cuyo mando se enroló.

El Pirata Negro estuvo unos instantes en silencio, y luego señaló el lejano pabellón izado al extremo del mástil central del velero.

—Presumo, mis valientes, de tener paladar y buen gusto. Por esto nunca quise enarbolar la negra bandera del “Jolly Roger”, donde, como sabéis, campean las siniestras siluetas fanfarronas de un cráneo y dos tibias mondas y lirondas entrecruzadas. Preferí un aguilucho, porque combate volando alto. No sé si me entenderéis, pero lo intentaré. Al alcance de cualquier cobarde está el izar un pabellón negro con huesos blancos y lanzarse a matar siendo cien contra cincuenta. Cuando alguien me llama pirata, no discuto, pero tengo a gala el no decirle que del pirata sólo elegí la libertad de navegar a mi antojo y recalar donde quiera, atacando a quien se lo merece y defendiendo al que lo necesita. No me jacto de caballero, pero también tengo a gala que en muchas ocasiones habría querido ver a un caballero en mi lugar para que me demostrase su modo de actuar. Hasta ahora os he hablado en lo que un orador llamaría “exordio”, “prefacio”, “planteamiento de tesis”...

El Pirata Negro fué mirando los rostros, absortos en suma atención, de todos los tripulantes del velero anclado.

—Vosotros sóis seres inconscientes y si cometierái crímenes, no seriáis responsables, sino que lo sería quien os mandase. Tampoco, por esta misma razón, sóis responsables de las buenas acciones que, sin saberlo, os harán acreedores a una rebaja de pena cuando presentéis cuentas en el Tribunal Infalible. Mientras habéis estado a mi mando, habéis procurado cumplir lo que he dicho. Yo no mando en soldados disciplinados. Mando en hombres que son escoria libre. Libres de volver a la basura de donde los saqué, o libres de continuar conmigo. Pero, arriaré mi pabellón. ¿Véis la enseña

combativa que ondea en el aire? Aquel aguilucho va a caer a cubierta en su último vuelo. Y en su lugar ondearé una bandera de nacionalidad definida. La bandera española.

Diego Lucientes, que, hasta entonces, escuchaba sin gran interés, prestó súbita atención, impreso en el rostro un cierto asombro repentino.

—Seguiremos siendo libres y navegaremos a nuestro antojo, pero es mi capricho modificar levemente nuestra condición, y de piratas, convertirnos en aventureros del mar bajo una enseña honrosa. Hay para ello dos razones: una sentimental; otra, práctica.

Miró hacia atrás el Pirata Negro y su sonrisa halló eco en el rostro de Diego Lucientes. De nuevo miró hacia los piratas del "Aquilón".

—Los ancianos suelen repetir con nostalgia que todo tiempo pasado fué mejor. Joven soy, pero quiero repetir las frases del anciano, que no son chocheces. Antaño, el pirata era en su mayor número un cobardón rebosante de traiciones y criminalidad. Alguno que otro era hombre y merecía la aureola de romanticismo que le rodeaba. Hoy en día ha terminado el reino del pirata noble; ya sólo quedan criminales redomados y nada más. Por eso renuncio a ser pirata. No os tengo nunca que dar explicaciones de cuanto haga o piense hacer, puesto que mi real gana es suficiente. Pero quisiera hincar en vuestras duras molleras el hecho de que cuanto emprendo es casi siempre hacia un bien común: regenerar nuestro vivir inquieto. Si continuáramos en el Caribe, fatalmente llegaríamos a ser tan adocenados como los demás piratas. Matanzas, botín, saqueo, destrucción... ¿Y qué? Entre los estertores de los agonizantes y el humo de los incendios, celebraríamos como bestias el triunfo obtenido: Un triunfo que dejaría después en nuestras gargantas el reseco y mal sabor de los vinos agrios. Nos aturdiríamos despilfarrando en orgías de días y noches el producto de nuestros bandidajes. Se darían cita las pasiones más brutales, presididas por la negra bandera de la Muerte. Y los que salieran con vida, vaciados los bolsillos y arremolinada la cabeza por las últimas borracheras, volverían otra vez a cubierta en espera de nuevos crímenes o a pagar los suyos...

El Pirata Negro rió con estentórea carcajada.

—Hasta ahora estoy tocando vanamente el arpa en busca de

vuestras resonancias sentimentales. Paso a deciros que no pretendo convertiros en sacristanes ni en hilanderas. Nacimos para la lucha, y en ella seguiremos; pero quiero la lucha que al terminar nos deja complacidos, porque hemos peleado por una causa que no deja mal sabor de boca. Hay muchas empresas en las que podemos desfogar nuestro ardor combativo. Podemos seguir bebiendo y atronando los aires con nuestras canciones báquicas. Pero ya no quiero mandar en piratas. Quiero ser el aventurero que manda a una turba de aventureros.

No habrá saqueos, ni pillajes. Pondremos precio a nuestro combatir. Eso es todo. Un leve cambio, motivado por tres razones fundamentales, ser tildado de ladrón y no sacar provecho es muy deplorable. Esta es la primera. La segunda estriba en que el Caribe es ya un mar español donde imperan los barcos de la escuadra española. La tercera, en que a estos considerandos prácticos añado una reflexión sentimental.

El Pirata Negro volvió a reír con cierto deje melancólico.

—¿Sabéis lo que es tener sentimientos? ¿Lo sabes tú, guapetón?

El aludido, “Cien Chirlos”, asintió gravemente.

—¿Si?—sonrió el Pirata Negro—. Explícamelo.

—Tener sentimientos, señor, es eso... sentir. Sentir a veces que tenemos en el estómago una sensación rara ante una puesta de sol, o cuando vemos en la puerta de una casa a una madre acunando a su chaval. Yo, señor, me gusta más pelear que comer. Pero me quedaría muy contento si después de pelear tuviera alguien con quien no reñir.

—Más o menos, los demás te han entendido, guapetón—aprobó Carlos Lezama—. Yo tengo un chaval. Esa es mi razón sentimental. Esa es la razón por la que arriaré mi pabellón del aguilucho.

Señaló con el índice a un sujeto de largas piernas esqueléticas y ancho tórax, en uno de cuyos hombros llevaba terciada una guitarra. Como “Cien Chirlos”, este individuo se destacaba unos pasos de los restantes hombres en formación.

—Tú, chiclanero, sueles tener picardía. Y a mí hay cosas que a veces me molesta decir. ¿Por qué crees que arrío pabellón, aparte de las razones ya expuestas?

Acariciose el interpelado la larga nariz caballuna...

—Yo supongo, señor, que tú piensas en el mañana. En el

mañana en que tu hijo sea un mozo que ciña espada y requiebre a una gentil dama de noble alcurnia.

—¡Deja los amores aparte, bellaco! — rezongó hoscamente el Pirata Negro—. Que mi hijo tiene seis años apenas.

—Pero amará, señor, a una mujer buena y de suave carácter que le dará hijos y le hará feliz. Y tú, señor, serás un abuelo orgulloso de ti mismo porque siempre, siempre te comportaste y te comportarás como quien eres, como un señor, todo un señor.

—¿Será cobista el andaluz ése?—dijo Lezama ceñudo. Pero miró de reojo a Diego Lucientes que sonreía.

El Pirata Negro adelantó la mano diestra y “Piernas Largas” encogióse temerosamente al sentirse apresado por el hombro.

—¿Conque abuelo, eh? Muchos años me quedan por delante aún, lengua larga. Pero...—y el empujón fué afectuoso—has acertado. Pienso hoy como si mi cabello fuera ya blanco. Quiero que mis nietos, al cabalgar mis rodillas, me pidan cuentos de luchas nobles y no hazañas de pirata. Si continuase en el Caribe llegarían a oídos de mis nietos relatos abultados de los hechos cometidos por el Pirata Negro. Las olas del Caribe hablan mucho, y he de reconocer que en este mar he alborotado más que un caballo loco en una cacharrería. Complementando mi afán de cambiar de aires ha ocurrido un suceso que lo exacerba. Recordaréis que dejé a mi hijo bajo la tutela de un varón que le habría convertido en un caballero. Hemos anclado aquí a nuestro regreso de Paramaribo, porque una fogata en la entrada del delta del Orinoco, nos anunció que un urgente mensaje me aguardaba. Fray Luis Trujillo[1] ha sido reclamado para ir al Norte. Tengo, pues, que recoger de nuevo a mi hijo. Y el que vino a anunciarnos la partida de fray Luis, ya partió a caballo para avisar al lugarteniente del señor Lucientes, el bretón Ankou Kerbrat, el cual con el bergantín del señor Lucientes, traerá a estos parajes a mi hijo.

“Cien Chirlos” y “Piernas Largas” intercambiaron una mirada de satisfactoria complacencia. La sorprendió el Pirata Negro.

—Mi hijo no se queda ya en Angostura, pero no se quedará a bordo. Está en esa edad en que, como sobre la cera virgen, cualquier huella sucia deja su impresión. Por tanto, lo llevaré a España, y allí se educará. Nosotros seguiremos en el mar, buscando fortuna. Y ya que de fortuna hablo, procederé al reparto de nuestra

recompensa por haber librado los mares de la presencia del “Holandés Fantasma”. Son treinta mil florines holandeses, a repartir entre nosotros. A ochenta y ocho hombres, sacad las cuentas.

El pirata que había remado en la lancha que desembarcó al Pirata Negro y a Diego Lucientes, acercóse portando varios sacos voluminosos.

Llevaba también una manta, que extendió encima de la arena, y sobre ella volcó el áureo contenido de los sacos. Las monedas de oro se amontonaron en cristalina cascada...

—Para que no se pierdan las buenas costumbres, yo me quedo con la parte del león—sonrió el Pirata Negro—. Nos tocan trescientos cuarenta florines por barba. Os quito diez a cada uno. Empieza el reparto, guapetón. Y tú, ayúdale, “Piernas Largas”.

Mientras los dos lugartenientes iban procediendo a la lenta y laboriosa operación de ir contando las monedas que iban siendo envueltas en sucios pañuelos o caían en el fondo de los gorros y sombreros, Carlos Lezama se apartó unos pasos, y Diego Lucientes se acercó a él.

—Un sol magnífico, señor—comentó Lucientes—. Parece como si naciera un nuevo día.

El Pirata Negro le miró de soslayo con irónica sonrisa.

—En efecto, “Medio-Brazo”. Nace un nuevo día. En él vienen nuestros hijos, y cuando tu bergantín ancle junto a mi velero, recuerda lo que ya hemos dicho. Si tú vas al Norte, yo iré al Sur.

—¿Y si yo fuera al Sur?

—Pues yo al Norte.

—Parece como si tuvieras mucha prisa por perderme de vista, señor.

—En efecto: la tengo—y el pirata Negro enfrentóse con el madrileño, mirándole rectamente a los ojos—. Antes era yo quien, a veces, buscaba motivo de pelea con mi propia sombra. Apareciste tú. No te niego que tienes buena sombra... pero no quiero pelear contigo.

—No hay pelea si uno no quiere, señor Lezama. Y yo no quiero palear contigo.

—Tampoco yo. Pero tu insolencia iguala a la mía, madrileño. Y hay a tu babor una goleta...

Ambos hombres miraron sin proponérselo hacia el velero.

Distinguíase en el puente alto la silueta de una mujer, estatuaria en su belleza: Mary Dear, la inglesa...

Rió silenciosamente el Pirata Negro. Le imitó Diego Lucientes...

—¿Queda claro, estudiante?—masculló Lezama—. Eres bachiller y sabes letra menuda. Yo no tengo estudios de universidad, pero me sobra latín. Aquella dama a la que el sol acaricia, es tu esposa.

—Te quiso... y ya no te quiere. ¿Dónde está el conflicto?

El Pirata Negro repiqueteó con el índice erecto en el coleto de encajes del atildado y elegante madrileño.

—No es preciso que asome ningún rabo de demonio por el faldón de tu casaca para que tengas los resabios del diablo. Abrigo mis dudas, estudiante. ¿Te ofendo si te digo que he conocido a muchos tahúres, pero a ninguno que tuviera tu habilidad para sacar ases de la baraja cuando le apetece?

—No puedes ofenderme al exponer mis virtudes—sonrió Lucientes.

—Sabedor, pues, de ello, hay algo en tu repentina boda con Mary Dear que no acaba de convencerme.

—El amor fulgura con rapideces de relámpago...

—¡Mal rayo me parta a mí!—silabeó Lezama—. Prefiero callarme, porque me obligarías a decir una grosería.

—Dila, señor Lezama. Tienes la suficiente caballerosidad para, si es grosería, saberla decir de forma que no lo parezca. Y si no es así, no me quedo nunca atrás en groserías cuando el momento se tercia.

—Estás pálido, estudiante. Venteas pelea... ¡Tú al Norte y yo al Sur!

—Bien. Pero, antes de que bifurquemos nuestros rumbos, no te quedes sin decirme lo que se te antoje.

—Gracias por el permiso—sonrió irónicamente Lezama—. Tú lo has querido. ¿De quién estaba enamorada Mary? ¿De ti o de mí?

Diego Lucientes pasóse una mano por la barbilla rasurada. Después indicó con un movimiento de cabeza el sol.

—¿Para quién luce? Para todos... ¿O pretendes que fabricaron el sol para ti solo?

—No vengas con sofismas y argucias de estudiante tunantín, que a tunante, tunantón. No has replicado directamente a mi pregunta.

—Mary te quiso a ti. Quizás te sigue queriendo. Pero creo que en ella suceda lo mismo que en ti. Desea arriar pabellón... Quiere

regenerarse a través de un cariño honesto: El que tú pudiste y no quisiste darle. O el que yo, Diego Lucientes y manco, he sabido, darle. Nada más. Suelta ahora tu grosería.

—¿No te dije que abrigaba mis duda respeto a vuestra boda? Caben dos posibilidades. Primera: no hay tal boda. Simple trampa tuya, para irritarme.

—Óyeme con atención, señor Lezama. Desde muy temprana edad, has mandato en hombres, mujeres y elementos. Eso te ha estropeado algo. Eres un magnífico jefe, pero hay un elemento en que nadie manda.

—¿Acaso el amor?

—Soy menos prosaico, señor. El elemento en quien nadie manda, es una mujer ofendida en su amor propio. Mary es inglesa y orgullosa. Se cansó de aguardar de tus labios una palabra de amor. Yo, que no ceso de soltar palabras de amor a diestro y siniestro, supe soltarlas cuando ella estaba en ese fatal cuarto de hora que toda mujer tiene.

—Entonces, no necesito exponerte la segunda razón, por la que suponiendo que Mary sea tu esposa, se ha casado contigo.

—¿Por despecho? ¿Por tus "achares"?—y el madrileño sonrió. El plan fraguado en Paramaribo[2] estaba dando sus frutos.

—¡Imbécil!—masculló el Pirata Negro—. Yo no presumo de irresistible. Tú tienes la culpa de lo que sucede. ¡Maldito seas! ¿Por qué la elegiste a ella? Cualquier otra... y no tendría lugar esta conversación enojosa.

—Es que cualquier otra no sería ella. Y ahora es mi esposa.

—Bien. Por eso mismo, tú irás al Norte si yo voy al Sur.

—¿Tan enamorado estás de ella o tan susceptible es tu honrilla de amor propio herido?

—Escucha, estudiante. A otro que acabara de decirme lo que acabas de rebuznar, le habría yo dado un botazo en plena jeta.

—Otro, se lo tendría merecido. Yo, no...

—¿Tú, no? ¿Por qué, exasperante charlatán?

—Porque somos amigos, mal que te pese.

—Un gran honor que me haces, y que intentaré no olvidar. Bien, ya hemos discutido bastante. Queda claro un hecho: tú y tu esposa iréis lejos de donde yo esté. Os deseo toda la felicidad posible, sinceramente. A ella, porque no dudo de que quiere vivir una nueva

existencia honesta, y a ti, porque… eres un poetastro enamorado del amor. Y ¡arrío pabellón! Vuelvo a mis hombres.

El Pirata Negro se enfrentó nuevamente con las tres hileras de piratas.

Abrió los brazos. El uno señalaba al mar, el otro a la tierra.

—Con trescientos treinta florines cada uno, podéis emprender el rumbo que queráis. Al Este y al Norte, está el collar de perlas de las islas del Caribe y el litoral del continente sur. Al Oeste hay mucho mar antes de llegar a la vista de las costas españolas. Hasta ahora hemos sido ochenta y ocho bergantes bien avenidos. Sabéis que yo cumplo lo que prometo. El que quiera probar su suerte continuando en las Américas, que se quede aquí. Por tierra irá con su oro a donde se le apetezca. Sin rencor por mi parte, le deseo buena suerte; tanto si muere en riña tabernaria como si es ahorcado por los españoles. Los que prefieran iniciar una nueva etapa en nuestro incierto vagar por este mundo, que no salgan de filas. Pero quedan avisados de que han dejado de ser piratas. ¿Vacilas, “Ardilla”?

Un sujeto de corta estatura y semblante despierto avanzó unos pasos, hasta detenerse ante el Pirata Negro.

—Yo tengo ahora mucho oro, señor, gracias a tu generosidad. Quisiera poner tienda y negociar en tierra venezolana.

—Hombre chiquitín, embustero y bailarín—masculló el Pirata Negro. —No quiero razones falsas, Ruperto Velasco. Aborrezco las mentiras inútiles. ¿No he dado carta blanca al que quiera largarse? Ahueca, pues, y derrocha tu oro como mejor te cuadre, que no estás obligado a darme razones. Y si algún día quieres volver, si me apetece y me da la gana, te daré ocasión de ganar dinero honestamente.

Ruperto Velasco saludó y poco después partía en dirección al sendero que conducía a ciudad venezolana… Unos cuantos le imitaron…

“Cien Chirlos” y “Piernas Largas” contaron los hombres que quedaban.

—Setenta y dos, señor, contando conmigo y con “Piernas Largas” — anunció “Cien Chirlos”.

—¡Buen número! Quedamos setenta y cinco. Más de los suficientes para que el “Aquilón”, tras arriar su actual pabellón, emprenda su nueva ruta hacia otros mares. ¡A bordo!

“Cien Chirlos”, en vez de repetir!a orden, agitó su gorro de lana.

—“Esos” me dicen que te hable, señor—murmuró, vacilante.

—¡Desembucha, guapetón!

—Dicen que si conservan el oro que acabas de darles, se lo gastarán en el naipe. Y si tú lo guardaras en tu cofre, con cuatro o cinco empresas más empezarían a ser ricos y podrían pensar con tranquilidad en sus años viejos.

—¡Gran virtud la del ahorro, que hasta ahora desconocíamos! Me complace tal petición, mis valientes. A quien no le apremia el bolsillo vacío, puede emprender con calma buenas empresas. Gratos auspicios veo en los nuevos rumbos del “Aquilón”. Ahora, todos de acuerdo, ¡a bordo!

Al quedarse solos ambos amigos, después de haber desfilado hacia el velero todos los tripulantes, Carlos Lezama señaló el ancho curso del río.

—Aquí me quedo. Quiero ser el primero en ver llegar tu bergantín, porque trae consigo a mi tesoro.

—También me quedo aquí, señor, que mi Gaby es también mi tesoro.

CAPÍTULO II

Hacia las costas españolas

Un bergantín avanzaba río arriba al atardecer del mismo día. En cubierta, dos niños observaban impacientes las riberas...

De vez en cuando, uno de ellos asía por el revés de sus botas altas a un bretón ancho y cuarentón, de impasible rostro.

—¿Cuándo, Ankou?—decía la pelirroja niña de azules ojos y boca grande.

—Vamos llegando, mi señorita Gabrielle—replicaba el bretón.

—Llevas diciendo esto hace ya cuatro horas—rezongó el niño, un robusto muchacho poseedor de honda voz.

—No seas impaciente, mi señor Carlos — reprochó Ankou Kerbrat—. Pronto dejaremos el río, y, al desembocar en el mar, allí estará el velero del señor Lezama, quien nos aguarda en compañía del señor Lucientes, mi capitán.

Carlos de Ferblanc miró hacia la chiquilla. Gabrielle Lucientes de Civry le devolvió la mirada con cierto recelo.

El muchacho hizo una señal y ambos se alejaron, poniendo distancia entre ellos y el robusto bretón. Carlos de Ferblanc asió por una mano a su compañera de juegos...

—¿Te he pegado yo estos días, Gaby?..

—No. Y eso que el otro martes te di yo en la cabeza con una espumadera de la cocina.

—Mi padre me dijo que a la mujer no se le pega ni con una flor. No fué por falta de ganas, no, por lo que no te pegué, porque te pones a veces que no te puedo aguantar. Pero si mi padre te pregunta, quiero que le digas que yo no le pego a quien “le puedo”.

—Se lo diré. Y también le diré que yo te di con la espumadera de la cocina, y tú me dijiste que...

—¡Lo que te dije no has de decírselo, acusica!...—gritó, alarmado, el niño.

—¿Por qué no? Me dijiste que cuando yo fuera mayor y tuviera más fuerza, entonces me devolverías los golpes de espumadera.

Iba Carlos de Ferblanc a contestar algo rudamente, cuando, de pronto, sonrió, juntando las manos.

—¡Qué bonito es, Gaby! Míralo... —Y, temblándole la mano de gozo, señaló la silueta de un velero anclado que se recortaba a lo lejos.

—Lo es—reconoció Gabrielle de Civry—. Tu padre tiene un barco tan bonito como el de mi padre.

Cuando ancló el bergantín, dos hombres estuvieron por unos instantes ajenos a cuanto les rodeaba oyendo las frases de dos niños que pugnaban por hablar a la vez.

Gaby continuó en brazos de su padre, mientras Carlos Lezama, depositando a su hijo en el suelo, le miró pensativo, acariciándose el fino bigote con el meñique.

—Me complace oír decir a Gaby que te has portado como un caballero, Carlos. Y ahora que estamos aquí reunidos tres hombres y una damita, vamos a hablar seriamente.

—Esta muñeca agradece oírse llamar "damita"...—dijo Lucientes, radiante el rostro, sintiendo contra su cuello el tibio calor del bracito que lo rodeaba.

Gabrielle Lucientes aplicó sus labios en la mejilla del madrileño, y susurró después en su oído:

—¿Dónde iremos ahora, padre?.. Carlos dice que si hemos venido aquí es para estar siempre juntos...

Lucientes encogióse de hombros, señalando con la barbilla a Lezama.

El Pirata Negro, pierniabierto, contemplaba íntimamente emocionado al muchacho que ante él procuraba imitar el menor de sus gestos.

—¿Te gustaría ir a las Españas, caballerete?

—Sí. Eso está muy lejos... y así estaríamos más tiempo juntos Gaby y yo...

—Bien. Pero no debes ser egoísta, Carlos. Tienes que pensar que el señor Lucientes es un caballero que necesita atender a sus obligaciones. Y éstas le reclaman lejos de nosotros.

Carlos de Ferblanc agachó la cabeza, mordiéndose el labio inferior. Desde su altura, Gabrielle Lucientes abrió la boca...

—¡Calla, hija! —atajó el madrileño—. Cuando hablan las personas mayores, las personas menores callan.

—¿Querías decirme algo, Gaby?— pregúntó el Pirata Negro.

—Pues yo digo, señor Lezama, que si Carlos no juega conmigo, no jugaré con nadie más. Y me dijo papa que una vez se murió un pajarito porque se fué del nido el otro pajarito que con él jugaba...

Y, de pronto, la niña, abriendo en toda su extensión la boca, echóse a llorar sin recato, con ruidosos sollozos e hipos... Carlos de Ferblanc la miró y pegó un taconazo en la arena...

—¡Ya está, maldita sea!—exclamó. —Yo no quería... no quería llorar, y esta mocosa me pone agua en los ojos...

Carlos Lezama palmoteó sobre el hombro de su hijo,

—Vete con Kerbrat, hijo. Que te lleve a bordo de mi velero. Quizá también tu hija podría irse allá, señor Lucientes.

Carlos de Ferblanc echó a correr hacia el bretón, que aguardaba. Así, su padre no le vería llorar... Gabrielle Lucientes siguió sollozando sin retención. Su mano se agitó acusadora, señalando al Pirata Negro.

—¡Malo! ¡Tú eres malo!... — gritó agudamente—. Me dejas jugar con Carlos, y después te lo llevas. ¡Malo!

Diego Lucientes asió por el lóbulo la diminuta oreja...

—¿Es ésta la educación que yo te he dado, chillona lenguaraz? Como castigo, vete a aquel árbol y te pones de cara al tronco. La colocó en el suelo, y ella dirigióse cabizbaja hacia el árbol señalado. Al pasar ante el Pirata Negro, le miró tímidamente...

—Perdona, señor Lezama. Tú no eres malo... Soy yo la mala... Pero ¡es que no quiero separarme de Carlos, ea!

También ella echó a correr, quedando abrazada al tronco de árbol, vueltas las pequeñas espaldas a la orilla.

El Pirata Negro empezó a pasear ceñudo, y, a su lado, Diego Lucientes fué también pisando la arena en largas zancadas.

—¡Repámpanos! Eso de ser padres es algo engorroso, ¿no, señor Lezama?..

—Tienes una hija, madrileño, más rebelde que una jaca sin domar.

—Tampoco tu hijo es un portento de disciplina, señor Lezama.

—Lo cierto es que, si los separamos, armarán más trifulca que una tripulación amotinada. Les daremos azotaina..., pero no les quitaremos la tristeza. ¡Diantres! También es muy molesto que tu hija haya citado el cuento del pájaro que, huérfano de su compañero, se muere amustiado de nostalgia. ¿Por qué le cuentas narraciones de ese jaez, maldito seas?

—¿Me permites que sugiera una idea?

—¡Tú al Norte y yo al Sur!—replicó el Pirata Negro—. Porque adivino tu idea, que es la que ya ronda por mi magín...

—Iremos por distintos rumbos... después, señor Lezama.

—¿Después de qué?

—De que ambos mocitos estén juntos en cualquier punto de la tierra española. ¿Quién ha de impedir que crezcan juntos? Estudiarán y jugarán ambos sin tristezas. La Fea Tristeza es mal que no tiene cura. Si tan tiernos son esos brotes, ¿por qué tú y yo, por quisquillosidades de cabezotas, vamos a hacer que crezcan empañados en lágrimas? Se han acostumbrado a andar juntos...

—¡Bien! Tus razones son las mías, en este caso. Iremos juntos hacia las costas españolas. Buscaremos acomodo para nuestros dos rebeldes mocosuelos. Después...

—¡Tú al Norte y yo al Sur!—sonrió aliviado el madrileño—. ¡Gracias, señor Lezama!

—Todas las tienes tú, estudiante argüidor — rezongó irónicamente el Pirata Negro—. Pero atiende: tu bergantín navegará tras mi estela. Yo no iré a tu bordo. Y a mi hijo lo quiero en este viaje para mí, día tras día.

—Pecado de falta de galantería, señor hidalgo. ¿Vas a pretender que sea mi hija la que vaya a tu bordo?

Cruzóse de brazos el Pirata Negro, exhalando un hondo resuello.

—¡Buen leguleyo hubieras sido, "Medio Brazo"! Quede concertado el arreglo mejor: al amanecer de cada día alterno, tu hija vendrá a mi bordo, y en los otros irá mi hijo al tuyo. Asunto terminado. Y ahora, déjame hablar a tu chiquilla. Me da pena verla tan seriecita, agarrada al tronco como se agarra el náufrago a una tabla.

Gabrielle Lucientes volvió la cabeza al sentirse tocada en el hombro. Intentó sonreír...

—¿Me darás azotaina, señor Lezama, por haberte gritado?

—No, Gaby. Para azotainas, tu padre.

—No me las da.

—Así te luce. ¿Quieres abrazarme?

Inclinó su alta talla el Pirata Negro, y la chiquilla quedó entre sus brazos. Babeó generosamente las mejillas atezadas de Lezama.

—Escucha, Gaby: dicen que el gobernar una nación es gran negocio peliagudo. Lo es también gobernar dos pájaros que han ido creciendo en un nido flotante, y que no quieren separarse. Iremos a las Españas y tú estudiarás junto a mi hijo y aprenderás a ser una dama.

Los abrazos de la niña hicieron sonreír al Pirata Negro.

—Esta mocita, cuando sea mayor, "Medio Brazo", conseguirá cuanto se proponga. ¡Anda—y la depositó en la arena—, vete a decir a Carlos que iréis juntos con nosotros a España!

Cuando ambos padres oyeron las risas alborotadas de las dos criaturas, miráronse algo cohibidos.

—Bien gorjean los pájaros, ¿eh, señor Lucientes? Procura tú no ser un avestruz, y, si vienes a mi bordo, hazlo a solas con tu hija. Y a propósito: tendrás que anunciarle que hay a tu bordo una esposa. Me voy al "Aquilón". Zarparemos inmediatamente.

* * *

Por espacio de media hora, desde el puente de mando del bergantín, Diego Lucientes oteó el mar, absorto en sus reflexiones. Miraba sin verlo al "Aquilón", que navegaba a proa y estribor señalando la ruta hacia nuevos horizontes, dejando atrás el Caribe...

Cuando Gabrielle se cansó de juguetear con la recientemente confeccionada muñeca, vino a abrazarse a la bota de su padre.

—Todavía no he bajado a los camarotes, papá.

—Vamos a ir ahora; pero antes quiero confesarte algo un poco difícil de explicar. Tú eres mi hija, y, por tanto, eres una chica lista.

—Sí, papá—admitió convencida la niña.

—También veo que eres como yo. No te cargas con el bártulo enojoso de la modestia. Escucha, Gaby: hay cosas que sólo los mayores entendemos. En la camarera hay una señora, una dama que quiere ser buena, y que el señor Lezama cree que es mi esposa. No lo es, pero quizá podrá llegar a serlo. Yo quisiera que tú no ofendieras a esta dama. Merece que la traten bien para olvidar muchas tristezas pasadas.

—¿La dejaron sin compañero con quien jugar, papá?

—Más o menos; eso es. Se llama Mary Dear, y es inglesa, pero habla el español como tú y yo. La llamarás "señora Mary", y le harás una reverencia cuando entremos.

—Lo haré..., pero si no me gusta, te lo diré.

Algo inquieto, Diego Lucientes asió por la mano a la niña, y ambos se dirigieron hacia la sala capitana.

* * *

Carlos de Ferblanc cenó vorazmente en compañía de su padre. Y éste abordó al final de la cena la situación:

—Cuando vayas a jugar con Gaby al bergantín, verás a una señora, Carlos. Es la esposa de "Medio Brazo".

—Yo hay cosas que no las entiendo, padre. Cuando empecé a saber oír lo que me hablaban, me dijiste que "Medio Brazo" estaba sin esposa, porque murió. Después tuvo otra esposa, y también se le murió. Ahora tiene otra esposa, que pronto se morirá. Y, en cambio, tú no tienes esposa.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Oí decir a "Piernas Largas", que hombre sin esposa es como barco sin cala. Navega ligero, pero se estrella tarde o temprano.

—Tú estás ahora navegando por mares que no te pertenecen, mocoso. Lo que yo estaba tratando de hacerte entender es que la señora esposa de "Medio Brazo" es una dama que sufrió el peso de una existencia azarosa, y debes respetarla...

—¿Azarosa qué es, padre?

—¡Tate con el preguntón! Pues azarosa significa que..., bueno, que a veces no se elige el camino que uno secretamente desea vivir. El caso es que tú, cuando veas a esta señora, te comportarás como un hombre galante.

—¿Besaré su mano y le diré: "A vuestros "pieses", mi señora"?

—Eso es. Pero le quitas pies al asunto, ¿sabes? Bastará que le digas: "Señora, soy vuestro servidor y beso vuestros pies".

* * *

Mary Dear sonrió sin esforzarse al ver entrar a Gabrielle Lucientes. La sonrisa era un ademán rarísimo en ella, pero la visión de la niña vistiendo sayas azules, corpiño amarillo, libres los rubiorrojizos cabellos y avanzando modosamente de la mano de

Diego Lucientes, provocó en sus labios un divertido y amable mohín.

La sonrisa iluminó su habitualmente arisco semblante, y la belleza de su rostro perfecto resaltó…

—Permitid, señora, que os presente a mi hija Gabrielle.

Gabrielle hizo una honda reverencia extendiendo delante de ella el vuelo de su larga saya…

Mary Dear atrajo hacia sí a la muñeca.

—¿Sabes quién soy, Gabrielle?

—Una dama que quieres ser buena, señora Mary. El señor Lezama cree que tú eres la esposa de mi padre. Pero hay cosas que sólo los mayores entienden. Y, como tienes que olvidar muchas tristezas pasadas, yo tengo que ser buena contigo—recitó de un tirón la niña.

—¡Repámpanos! Eres una cotorrita, Gaby.

—¿Me permites que te llame Gaby? —solicitó Mary Dear.

Sentóse ella junto a la inglesa, mirándola por unos instantes críticamente. Diego Lucientes pasóse el dedo por el coleto, ensanchando la presión de los encajes, que se le antojaban dogal…

—¿Sabe jugar a muñecas, señora Mary?

La inglesa entrecerró los párpados, evocando las muñecas que siempre deseó de niña y nunca tuvo…

—Creo que si tú me enseñas, sabré, Gaby.

—Bueno; te enseñaré. Eres bonita. Pareces una imagen de esas que pintan en libros y que mi padre dice que son diosas, “mirtolgócicas”.

—Mitológicas será, que así te dije —corrigió Lucientes.

Un cuarto de hora después, cuando Mary Dear permanecía un instante soportando el abrazo de Gabrielle y en sus bellos ojos había cierta brillantez húmeda, Diego Lucientes comprendió que no tenía que temer la antipatía de su hija hacia la ex pirata.

* * *

Los dos barcos seguían su rumbo hacia costas españolas… Los dos niños aguardaban al amanecer que las naves, arriando velas, botasen una lancha, y alternativamente pasaban de cubierta en cubierta.

A los cinco días de navegación, el Pirata Negro, después de contemplar a su hijo bañarse en medio barril para refrescar su

cuerpo sudoroso tras el “combate de mentirijillas” con “Cien Chirlos”, su padrino, se encaminó a la sala capitana,

Carlos de Ferblanc hablaba mucho de sus juegos con la hija de Diego Lucientes, pero no hablaba una sola palabra referente a Mary Dear. Se había limitado el primer día de su visita al bergantín a manifestar que la “señora Mary” había agradecido su beso en la mano y su cortés reverencia de “hombre galante”.

Entró poco después Carlos de Ferblanc, mirando hacia la mesa.

—¡Tate! — murmuró, contrariado. Esta tarde le toca al pescado. Yo prefiero, padre, los tasajos de carne... Pero, bueno...—dijo, prudentemente— comeré el pescado.

Por unos instantes comió en silencio... Enrojeció al oír la repentina pregunta de su padre:

—¿Por qué no me hablas nunca de la señora Mary?

—Si no hablo de ella, no tendré que mentir, padre. Y tú odias la mentira..., y allí cuelga el látigo con que me zurras la badana cuando miento.

—Si ella no te es agradable, no es preciso que mientas. Habla con claridad.

—Juega con nosotros, y no me es antipática, aunque es grandullona como tú. Pero... ¡eh, que yo no miento!

—¡Tate, mozalbete! Si sigues con misterios, me huelo que tendrás que ir a descolgar la correa.

—Bueno..., pues, es que resulta que Gaby me dijo que la señora Mary no era la esposa de “Medio Brazo”. Se lo dijo “Medio Brazo” mismo. Y también ella, porque dice que no quiere mentir a los niños, que es cosa muy fea. Que hicieron ver que se casaban, pero que sólo son amigos como hermanos. Yo no entiendo nada de todo esto, pero Gaby me dijo que no tenía que contártelo. Y, ¡ea!, me gusta haberlo contado. Porque entre hombres como tú y yo, no debe haber secretos, ¿verdad, padre?

La sonrisa sarcástica del Pirata Negro pasó desapercibida a su hijo, mientras le palmoteaba el hombro.

—¡Eso es! Que nunca haya secretos entre tú y yo, Carlos. Pero si “Medio Brazo” y la señora Mary desearon fingir que estaban casados, tendremos que hacer ver que nos lo creemos, ¿no? ¿Qué te parece?

—Tú lo has dicho, padre. Haremos ver como si nos lo

creyéramos... aunque no entiendo nada. Yo no diré a Gaby que te lo he contado. Me llamaría "lengualarga". ¿Está lejos España, padre?

—Muchos días quedan aún, Carlos. Sigue jugando con Gaby..., que también los mayores vamos a jugar un poco para entretener la larga travesía...

* * *

Al ver al día siguiente Diego Lucientes que el propio Pirata Negro venía en la lancha acompañando a su hija, quedóse levemente sorprendido.

Cuando la niña fuése a cenar en compañía de su nueva amiga, Mary Dear, sin que ésta hubiese hecho acto de presencia, quedaron en cubierta ambos amigos, examinándose por unos instantes...

Algo peculiar en la mirada de Lezama inquietó al madrileño.

—Me honra tu visita, señor. ¿Ocurre alguna novedad?

—Tú, ¿qué crees?

—Supongo que, ya que prometiste no visitarme, alguna razón muy seria será la que te ha impulsado a venir.

—Nada serio puedo tomar de ti, estudiante. Ahora, que desearía que, puesto que aún queda la suficiente luz de crepúsculo, me examinases el perfil. ¿Tengo yo cara de permitir que se burlen de mí impunemente?

—Tu perfil no lo aconseja. ¿Acaso yo, sin darme cuenta, he hecho burla de ti?

—¡Tú sabrás! Lo cierto es que desearía que tuviéramos una grata conversación en compañía de tu esposa.

La manera que tuvo de recalcar sobre la última palabra, aumentó la perplejidad de Diego Lucientes, quien, no obstante, inclinóse en mudo asentimiento.

—Sería preferible que hablásemos aquí, en cubierta, Diego Lucientes... Allí, en tu sala, nos podría oír tu hija...

—¿Piensas decir cosas poco recomendables?

—No. Será una charla amistosa... Además, creo que tanto tú como tu esposa sabéis nadar, ¿no?

Diego Lucientes pellizcóse el labio inferior, síntoma de su desconcierto..

—Pretendo ser listo y estar al cabo de la calle con pocas palabras, pero ahora no cato.

—¡Ya catarás! ¿Puedo tener prontamente el honor de besar la

bella mano de tu bellísima esposa?

—Escucha, señor Lezama. Yo no quisiera que a ella...

—No te anticipes a lo que no sabes. A lo mejor vengo a renovar mis enhorabuenas por vuestra boda.

Alejóse el madrileño, para regresar minutos después con Mary Dear. Ésta, dominando su íntima desazón, apoyaba su mano en el antebrazo válido de Diego Lucientes.

—Buenas tardes, señora. Siempre soy vuestro rendido esclavo y ferviente admirador.

La inclinación del Pirata Negro fué exageradamente cortés, pero en su rostro había una expresión que acabó de inquietar al madrileño.

—Gracias en nombre de mi marido por tu homenaje, Carlos Lezama—replicó Mary Dear—. Tu hijo será también, como tú, un galante español.

—Lo celebraré mucho. El motivo de mi visita es algo original, señora... Eres la esposa de este perillán entrometido, y, sin embargo, vengo a hacerte la corte. Extraño, ¿verdad?

—¡Y tan extraño¡—silabeó Lucientes—. ¡Como que me parece que eso va a terminar oliendo a chamusquina!...

Una voz en lo alto gritó:

—¡Lancha a la deriva!

El vigía de la cofa repitió el grito, añadiendo, a gritos:

—¡Tres puntos a babor! ¡Un hombre semidesnudo en ella!...

Ankou Kerbrat llegó corriendo y tendió un catalejo a Lucientes.

—Un náufrago, señor.

Diego Lucientes se encogió de hombros.

—¡Por mí, que se hunda!—masculló, indiferente—. Estamos ahora discutiendo cosas más importantes con el señor Lezama, y...

—No estoy a bordo de mi barco, señor Lucientes—reprochó el Pirata Negro—. Pero en el mar la primera obligación de un capitán como tú es atender a quien no puede valerse por sus propios medios.

Lucientes enfocó el catalejo. Una lancha de plana estructura ostentaba un lienzo blanco atado al extremo de un remo empotrado en el saliente del banquillo.

Tendido de espaldas al banquillo un sujeto sólo cubierto por un corto calzón aparecía lívido y sin movimiento...

—¡Lancha de salvamento!—rezongó Lucientes—. Id a pescar a este inoportuno...

Aguardó unos instantes, y, al ver que una lancha del bergantín se dirigía ya hacia la lancha del náufrago, enfrentóse con Carlos Lezama.

—¿Decías que, siendo ella mi esposa, tú ibas a...?

—¡Oye, “Medio Brazo”!... Recuerda que, bien o mal, mandas en doscientos hombres del “Tercio de Aventureros”. Cumple con tu obligación y espera en la pasarela la llegada del náufrago. Después, seguiremos nuestra interrumpida conversación.

Mary Dear apoyó de nuevo su mano en el antebrazo de Lucientes y le acompañó hasta la pasarela.

El Pirata Negro quedóse acodado en la borda hasta que subieron por la escalerilla dos hombres llevando en brazos al exhausto náufrago.

El recién salvado bamboleaba la cabeza como un hombre bajo el influjo de una pesadilla, y entre sus labios contraídos silbaba un susurro:

—¡“Mezzo...morto”! ¡“Mezzo...morto”!...

CAPITULO III

Piratería bereber

—Este náufrago será un italiano que se apiada de sí mismo y se queja de estar medio muerto, como, en efecto, lo está—comentó Lucientes, mientras el desconocido era llevado a la sala camareta.

Quedó tendido en una hamaca, y el Pirata Negro de nuevo volvió a atajar a Diego Lucientes, recordándole que su obligación era reanimar al náufrago, porque tal era la ley, no escrita, del mar.

Tratábase de un hombre joven, bien proporcionado, y se adivinaba, pese a la demacración actual y a su semidesnudez, que no era un marinero.

—¡"Mezzo...morto"!—fué delirando el náufrago—. ¡Rosa!... ¡Los dos camellos por el desierto!... ¡Un velo en su rostro!... ¡Para siempre!...

Diego Lucientes inició una sonrisa de regocijo.



En su desvarío hablaba de camellos en el desierto...

—Se percibe que habrá englutido mucha agua, y está ebrio. Está en pleno mar abierto, y ve desiertos y camellos, jardines y medio muertos... Bueno, dejémosle desvariar, y vayamos a lo nuestro. ¿Qué decías, señor Lezama, cuando este muchacho nos Interrumpió?

El Pirata Negro consiguió entreabrir los dientes del náufrago con la punta de su puñal, vertiendo por entre ellos ron jamaiquino. Después, empapando un lienzo en agua, lo arrolló alrededor de la cabeza del que se debatía en la inconsciencia contra misteriosas pesadillas...

Levantóse entonces y, aproximándose a Mary Dear, la asió por la diestra.

—Te conocí hablando sin tapujos, y no te colgué porque, aun en tus antiguas acciones, tenías lealtad. Deja al estudiante sus trampas, pero no le sigas en el engaño. Mírame rectamente, como acostumbras, y dime: ¿a qué obedece el fingir que eres esposa de este fullero?

Diego Lucientes intentó adoptar un aspecto de ofendido.

—¡Cría fama y échate a dormir!... Porque de vez en cuando haga yo fullerías, ¿las voy a hacer siempre?

—Contesta, Mary—apremió el Pirata Negro—. Tengo impaciencia por saber una cosa. Si este madrileño del demonio es tu marido..., entonces aún me queda la esperanza de que te dignarás oírme...

—¡No es mi marido!—gritó ella, esperanzada—. Por amistad a ti, y porque es caballeroso, se prestó a este juego.

Rió el Pirata Negro en seca carcajada, volviéndose hacia Lucientes.

—Ahora somos dos, estudiante, para hacer la corte a Mary. ¿Tienes algo que objetar?

—Nada en absoluto. Que somos dos, y que gane el que pueda. Aunque de antemano doy el asunto por perdido. ¡Eres mucho pirata tú!...

—...piratas... ¡Exterminadlos!... — quejóse el náufrago, agitando los brazos.

—¡Tate!...—murmuró el Pirata Negro—. Este mozo no me parece profesar mucha simpatía a mis antiguos colegas. Atiéndelo, Mary. Lucientes y yo vamos a dar un paseo por la borda, cerquita

del agua...

Mary Dear avanzó un paso, interponiéndose en el camino de Diego Lucientes. Miró por unos instantes el rostro sarcástico de Lezama...

—Cualquier daño que intentes hacer a Diego, me lo harás a mí. Quiero a Diego como a un hermano, y...

—No te inquietes, Mary. No pienso pelear con tu hermano Diego. Sólo pienso decirle unas cuantas cosas, para que las recuerde siempre.

Diego Lucientes acarició la mejilla de la inglesa, señalándole al náufrago.

—Atiende al bebedor de agua salada, que yo ya cuidaré de mí mismo.

Una vez que estuvo en la cubierta del bergantín, el Pirata Negro fué hasta el desierto entrepuente de mando. Volvióse para mirar sonriente al pelirrojo.

—¿Por qué te metes siempre en todo aquello que no te ha de importar?

—Mary me importa mucho. Es bella, y alegraría mi existencia.

—¿Y suponiendo que yo la quisiera?..

—Tengo, entonces, las de perder, pero no sin intentar mi suerte.. Lo que empezó por juego, ha terminado en romance, señor Lezama. Estoy enamorado de ella.

—¿De qué mujer no serás tú capaz de enamorarte, estudiante?

—No es mero capricho lunático, señor. Ella constituye ya para mí una obsesión... desde que por juego la besé, quemándome el corazón en el juego...

Hablaba Lucientes ladeado el rostro y mirando al mar. Carlos Lezama percibió en su entonación desacostumbradas inflexiones de pasión y vehemencia...

—¡Tate!...—murmuró—. ¿Por qué demontres tienes tú que enamorarte de la mujer que está enamorada de mí? No abras el pico para graznar insolencias. Intentemos hablar cabalmente, Diego Lucientes. ¿Reconoces que Mary me hará más caso a mí que a ti?

—Reconozco que así es—dijo a regañadientes el madrileño.

—A ti te quiere fraternalmente, que ya es algo para quien, como ella, parece insensible. Bien, "Medio Brazo": te voy a confesar algo. Me gusta ella; es herniosa y adornaría, quizá, mi velero... Pero... así

como me atosigaba pensar que era tuya, así también creo que te atosigaría pensar que me pertenecía. Por tanto, ¡topa!

Tendió la diestra el Pirata Negro, y Lucientes la estrechó sin entender todavía lo que quería expresar Lezama, quien, manteniendo el apretón de manos, añadió:

—No será mi esposa, ni pienso hablarle nunca de amores..., pero tú me harás el solemne favor de imitarme. Si te sorprendo requebrándola o intentando hacerla convertir sus sentimientos fraternales hacia ti en otros sentimientos más cálidos, te prometo que, así como es cierto que la luna nos sonríe, te parto el pecho.

—¡Gracias, señor! Ni tuya ni mía; y agradezco tu propuesta, porque sé que en ella hay mucho de generosidad por tu parte.

—No sé si es así. Pero lo que sí sé es que cuándo tú veas que una mujer sienta cierto aprecio por mi donosura.—y rió melancólicamente el Pirata Negro—, tú te apartas y no te metas a redentor. Que a los redentores les acechan dos males: o reciben palos, o naufragan. Y, hablando de náufragos, vamos a ver qué pelaje tiene el tuyo cuando pueda hablar.

Hallaron al desconocido sentado en la hamaca, adosado a varios almohadones que Mary Dear había colocado tras sus hombros.

Tenía la mirada encendida, resaltando en su lívido rostro demacrado.

—¿Os encontráis mejor, caballero? —inquirió el Pirata Negro.

—Gracias a vuestros cuidados, señores míos—replicó, débil pero audiblemente, el náufrago—. Soy Antonio Lecuona, adelantado mayor de Santa Cruz de la Palma.

Inclinóse el Pirata Negro, señalando a Diego Lucientes.

—Estáis en vida gracias al bergantín del señor Diego Lucientes, que manda el “Tercio de Aventureros”. La señora es la dama inglesa Mary Dear y yo soy Carlos Lezama, navegante libre. Mío es el velero que viaja en compañía de este bergantín.

Antonio Lecuona juntó las manos.

—¡Señores! El tiempo apremia... Tengo mucho que deciros... Pero, antes, ¿puedo saber si os ofendería una pregunta?

—Preguntad... y veremos si nos ofendéis—replicó el Pirata Negro—. Aunque de todo un señor adelantado mayor no puedo esperar ofensas.

—Habéis dicho que mandáis un “Tercio de Aventureros” y en

dos barcos libres. Además de hacer un gran servicio, podéis ganar miles y miles de onzas de oro.

—¿Sí? Comprendo que al ofrecernos oro podáis suponer que nos ofendéis. Mi amigo el capitán Lucientes tiene oro sobrado, pero no se ofende. Yo preciso oro y no puedo, por tanto, ofenderme. Ahora bien: ¿qué es lo que hay que hacer para ganar tantas onzas de oro? ¿Estáis seguro de que no os quedan vestigios de delirio? Hablabais de camellos, velos, rosas, medio muertos, piratas, exterminación...

—¡Exterminar piratas!—dijo sombríamente Lecuona—. ¡Limpiaría el mar! Pero permitidme que os narre mi desventura. Tengo que poneros en antecedentes de mi gran desdicha.

Sentáronse los tres oyentes, y Antonio Lecuona, después de beber un largo sorbo del frasco de cordial que a su lado tenía en la hamaca, empezó a evocar:

—Hace dos años Su Majestad me destinó a la isla de La Palma. Un edén paradisíaco donde, al suave carácter isleño, añade la Naturaleza el encanto de sus paisajes únicos. Elegí por residencia la antigua mansión de los adelantados Betancourt, en el pueblo de Tacozarte. Allí conocí a Rosa.

La imperceptible sonrisa de Lucientes sólo fué vista por Lezama.

—Su dulce parla, su bondad infinita, sus negros ojos cariñosos, me enamoraron. Os pareceré presuntuoso al deciros que por mi familia soy grande de España y que mi fortuna es cuantiosa, pero debo explicar este aspecto de mi situación personal para que comprendáis mejor lo ocurrido. La familia de Rosa no creyó en la honestidad de mis intenciones. La solicité en matrimonio, pero me negaban el derecho de ir a su reja, porque manifestaban que todo un adelantado del Rey, máxima autoridad de la isla, comprometería el buen nombre de Rosa, ya que nadie en la isla creería en la rectitud de mi propósito.

Mientras el español bebía de nuevo, Carlos Lezama dijo, sin ninguna ironía:

—Las historias de idilios difíciles son gratas de oír, siempre que tengan un buen desenlace, señor Lecuona... Pero me temo, por vuestra apariencia, que la familia de vuestra amada cometió alguna barbaridad.

—No son ellos los culpables de mi actual situación, que, si lo fueran, ningún rencor podría tenerles. Pero, por el contrario, al fin

fuí logrando convencerles, y quedé autorizado a formalizar mis relaciones amorosas. Pedí la mano a Rosa, y nuestro enlace debía verificarse… en la entrante semana.

Lecuona cubrióse el rostro con las dos manos, permaneciendo unos instantes en silencio. Al fin, con un esfuerzo, siguió hablando:

—Por un bereber que quedó malherido en Santa Cruz supimos el ataque a la isla, que fraguó el infame “Mezzomorto”.

—¿Quién es ese sujeto?

—Un antiguo capitán de galeras, donde reman cautivos cristianos. Se llama Hadji Hasan, pero “Mezzomorto” de mote, a causa de su aspecto cadavérico. Es el ser más infernal y lleno de astucias que engendró la tierra y el pirata bereber más temido. Y, mal que me pese reconocerlo, porque en ello va mi desgracia, ha llevado a cabo la más espectacular empresa de su carrera criminosa. Lo que no hizo ninguno de los piratas argelinos, se ha atrevido a hacerlo él: cruzar el Estrecho de Gibraltar y efectuar una expedición pirática en el Atlántico. Hasta entonces, los más temerarios de los corsarios argelinos habían preferido navegar a vista de tierra, salvo cuando en raras ocasiones tenían necesidad de cruzar el Mediterráneo. ¿Os cansa mi relato?

—Ved de que no os canse a vos— replicó Lezama—. Estáis debilitado, y si habláis con tal lucidez es por un gran esfuerzo de voluntad. Os he pulsado, y creo, sin temor a equivocarme, que lleváis cosa como de tres días sin comer ni beber.

—Cierto. Pero me es necesario contároslo todo, hasta el menor detalle, para poneros en antecedentes de cuanto ha acaecido. Hadji Hasan partió de Argel con tres galeones de batalla, haciendo escala en Sallee, un próspero nido de piratas en Marruecos, casi tan importante como Bugía o el propio Argel. Sus tres galeones pasaron el estrecho y navegaron las setecientas millas de Océano que hay hasta llegar a las Canarias, espacio tan desconocido para los mahometanos como antes lo había sido para Europa.

—Bebed otro sorbo de ron, señor adelantado—aconsejó Lezama.

Obedeció el grande de España, que a continuación prosiguió:

—Hadji Hasan había recogido un cautivo cristiano que decía conocer la ruta de Canarias, y lo nombró piloto; pero cuando, después de muchos días de penosa navegación, dieron vista a unas islas, el piloto no reconoció su meta y confesó a Hadji Hasan que

temía que se habían apartado del rumbo y que debían forzosamente de haber pasado de las Canarias desde hacía mucho. Hadji Hasan lo estranguló, y dijo después a la tripulación pirática que, si bien él nunca había estado en las Canarias, tenía por cierto que estaban a la vista de ellas. Lo hacía para evitar el descontento entre sus hombres..., pero había acertado.

El español tomó respiración, y prosiguió:

Hadji Hasan estaba, desgraciadamente, en lo cierto, y poco después otearon desde muy lejos la isla de La Palma, pacíficamente tendida al ardiente sol de verano. Inmediatamente arriaron las velas y rebajaron los mástiles para hacerse invisibles a los isleños. Tan pronto como obscureció, continuaron su rumbo. Remando rápida y silenciosamente hacia la playa, desembarcaron cuatrocientos cincuenta fusileros cerca de la capital. La sorpresa fué completa. Los isleños no tuvieron tiempo de defenderse; el lugar fué saqueado y pasados a cuchillo los habitantes que no pudieron pagar rescate. Respetaron únicamente las familias ricas, llevándose a sus mujeres, madres e hijas.

Carlos Lezama pasóse el meñique por el fino bigote.

—Creo que me interesará saludar personalmente a este “Mezzomorto”...

—...¡para convertirlo en “Tuttomorto”!—rió Lucientes.

Reanimado por la actitud de sus dos oyentes masculinos, siguió el español su relato:

—Al esclarecer el día, Hadji Hasan se hallaba al ancla con sus tres galeones a poca distancia de la orilla y enarboló bandera de tregua como invitación a los de tierra para que viniesen a rescatar a sus parientes. El primero en acudir fué un descendiente de los Betancourt, que pagó una cuantiosa suma y se llevó a su familia. Siguieron otras gentes acomodadas, y por fin fuí yo..., porque habían apresado a Rosa. Ofrecí a Hadji Hasan una cantidad mucho mayor de la que nadie había pagado por rescatar a sus seres queridos. Se mofó de mí, desconocedor de que yo era el adelantado, y me dijo que Rosa era demasiado bella para ser rescatada, y que se la llevaba a su harén. Perdí la cabeza, desenvainé, y mal lo hubiera pasado “Mezzomorto”, tal era mi indignación, a no ser por sus esbirros, que me desarmaron. Iban a decapitarme, cuando Rosa, para salvarme, gritó que yo era el adelantado de la isla. La codicia

supera en los bereberes al afán de sangre. “Mezzomorto” me pidió un rescate por mi vida. Le repliqué que le daría toda mi fortuna por Rosa y que hiciera conmigo lo que quisiera. Añadí que su única esperanza de obtener toda mi fortuna era llevarme a mí preso y dejar en tierra palmeña a Rosa, y que, una vez en Argel, yo escribiría a mis padres, y él obtendría más oro del que nunca había soñado. Pero el infame mandó que me encadenasen a un banco de prisión en la cala de su barco, y ordenó que a Rosa la encerraran también en un camarote de su galeón.

Volvió de nuevo el infortunado a cubrirse el rostro, ante el recuerdo de su desgracia.

Carlos Lezama cruzóse de brazos.

—Bien, señor adelantado. Yo no soy fácil de conmover, pero os afirmo que en vuestro relato he visto claramente la nobleza de vuestro temple. Y ya, tanto por oro como sin él, os prometo que haré cuanto esté de mi parte por quitarle el “Mezzo” a Hadji Hasan. Seguid vuestra narración, aunque casi adivino su continuación. Os habéis escapado...

—Lo logré milagrosamente. Tras dos días de navegación, medité que, continuando a bordo, no salvaría a Rosa, a la cual retendrían viva y sin daño mientras alentara en Hadji Hasan la codicia de mi dinero. Maté al carcelero y me dirigí al camarote donde estaba encerrada Rosa. Pero estaba custodiada por cuatro bereberes. Me deslicé hasta el agua al amparo de la noche, tras arriar una lancha plana... Remé hasta que mis fuerzas se agotaron... La última visión que de Rosa tuve fué angustiosa para mí. Habían ya cubierto su rostro hasta los ojos con el velo mahometano, demostrando así la intención de Hadji Hasan de aumentar con ella su harén. Y cuando, tras tres días sin probar alimento ni bebida, perdí el conocimiento, continuamente se forjaba en mi cerebro la imagen de “Mezzomorto” atravesando el desierto argelino hacia su castillo, obligando a Rosa a seguir su camino... Y... he de morir si...

Antonio Lecuona dobló hacia atrás la cabeza. Quedó desmadejado e inerte. Mary Dear se levantó para atender al desmayado.

—¡Triste epílogo de noviazgo! — dijo Lucientes—. Pensaba casarse con ella, y le ha faltado poco para que se desposara con la pálida canina. Por su modo de hablar, me ha sido simpático. Se le

ve un pobre diablo bueno y sin orgullo. Un enamorado hasta el occipucio.

—¡No seas vulgar, estudiante! Es tan bello el amor entre dos seres buenos y jóvenes de alma y sentimientos, que pensando estoy ya en cierto plan para el cual necesito de ti.

—Mi bergantín es tuyo, señor.

—¿Sí? ¿De veras?—sonrió irónicamente Lezama.

—Sí; de veras.

—¡Vamos a verlo! No lo necesito para ir tras Hadji Hasan, porque me sobra con mi velero, que es más ágil y combativo. Pero si me perdiese en el desierto, necesito de ti una promesa, Diego Lucientes.

—Yo iré contigo, y...

—Precisamente lo que necesito de ti es todo lo contrario. Tú, Mary y el bergantín acompañaréis al adelantado a Tacozarte.

—¡A mi nada se me ha perdido en la isla de La Palma!

—Préstame atención, estudiante... Pensemos en Gaby y en mi hijo. Ambos estarán seguros en Tacozarte... Y si yo perdiese mi ruta en el desierto, sé que mi hijo hallaría en ti el mejor de los padres, porque eres un perillán tramposo, pero confío en ti.

Diego Lucientes sonrió emocionado.

—¡Repámpanos, señor! Ankou Kerbrat puede ir con ellos... Yo voy contigo, que entre los dos no nos perderemos.

—¡Al contrario! Tú, como siempre, me complicarías la existencia. Es por la misma razón por lo que no quiero que venga conmigo el adelantado. Se le vería a la legua que está rabiosamente enamorado, y echaría a perder mi excursión. Si quiero dar con "Mezzomorto" y la bella cautiva, necesito ir solamente con mis piratas, que ya hubo un rey francés que dijo: "Si queréis cazar a un pirata, enviad a otro pirata a su caza".

—Si enviamos a dos, tú y yo más...

—Lo dicho, Diego Lucientes. ¿No me ofreciste incondicionalmente tu bergantín? Acata, pues, tu promesa. Y en cuanto este caballero recupere su sentido, quiero que me ponga en antecedentes de la piratería bereber, porque ignoro qué ocurre por aquellos mares africanos.

—¿Qué te impulsa a esta nueva aventura?

—¡Oro!

—¡Oro en tu corazón, pirata, que a mí no me la das con queso! Tú te sientes ya desfacedor de entuertos, y quieres oír cómo las campanas repican alegres anunciando la boda del señor Lecuona y la damisela Rosa.

Cuando el adelantado recuperó el sentido, acogió alborozado la noticia de que sus salvadores estaban dispuestos a intentar rescatar a su prometida.

Pero su entusiasmo amenguó cuando oyó la exposición del plan que le hizo el Pirata Negro.

—¿Vos, sólo con vuestro velero, os atreveréis a meteros en aguas argelinas? ¡Vais al fracaso y a la muerte! Tan sólo un pirata ducho en artes y artimañas puede intentar tan suicida empresa.

—Bien. Suponed que yo sea el tal pirata—dijo sonriente Lezama —. Lo cierto es que os doy a elegir entre dos caminos: o aceptáis mi proposición, y el bergantín se aleja de mi ruta, o no voy. Y te hago una advertencia leal, Diego Lucientes: si tu bergantín me sigue, le entraré al abordaje, cogeré a los dos niños y te hundiré con tu barco.

Diego Lucientes se encogió de hombros, tomando por testigo al estupefacto adelantado.

—Comprenderéis, señor Lecuona, que, ante argumentos tan persuasivos, no me queda más remedio que obedecer. Permitidme una insinuación: hace años que navego en compañía del capitán Lezama, y os aseguro que en trances muy difíciles lo he visto… y sigo viéndolo con vida.

—Pero, ¿sabéis la fuerza que poseen los piratas bereberes?

—No. Vos podéis explicarme la situación—replicó Lezama.

—Mutilan el comercio, entorpeciendo la navegación por el Mediterráneo. Las familias pudientes son separadas temporal y aun permanentemente, o empobrecidas por los rescates exigidos para preservar de la esclavitud al miembro secuestrado.

—¿Por qué no ponen remedio las naciones cristianas y europeas?

—Si todos los Estados agraviados, o siquiera tres o cuatro, hubieran combinado sus fuerzas, podrían haber arrasado a los piratas de África en cualquier momento, limpiando de malhechores la costa bereber. Pero esta combinación no puedo llevarse a cabo, porque las naciones europeas continuamente están en guerra. Si

Francia está en guerra con Inglaterra, los bereberes les son útiles como aliados. La diplomacia llevó a los holandeses a adoptar una actitud similar a comienzos del siglo XVII, porque les convenía que los piratas bereberes hicieran presa en el creciente comercio de las otras naciones. Lo de siempre: el fondo de toda acción bélica reside en intereses comerciales. Pero seguramente os aburro con estos detalles de gobierno…

—No lo creáis así. Primero, nos instruimos, y nos deleita vuestra fácil exposición de sucesos interesantes. Y por segunda razón, os deseo escuchar, ya que ilumináis cierto aspecto que desconocía de la situación en el Mediterráneo.

—Los ingleses y los nórdicos imitaron a los holandeses, para que el comercio de las otras naciones saliera perjudicado por los asaltos de los piratas bereberes. El resultado fué que, en vez de exterminar al bandolero bereber, los Estados civilizados les pagaban tributos para que no molestara sus naves, compromiso que los piratas respetaban sólo cuando les convenía. Se hallaban tan impunes a la venganza por la ruptura de un compromiso como por sus actos de barbarie.

—¡Vaya! Que, sea como sea, estos bereberes siempre salen ganando…— comentó Lucientes.

—De vez en cuando, tal o cual nación, irritada por una serie de agresiones piratas, intenta tomar venganza; pero son expediciones de castigo aisladas, con frecuencia mal preparadas y sin el suficiente apoyo del Estado, con lo que dan poco resultado práctico. Envían una flota, que entra en uno de aquellos puertos, Argel, Trípoli, Bugía o Túnez, y disparan unos cuantos cañonazos. El comandante es entonces recibido por el bey o pachá, que acepta complacido algún hermoso presente en señal de un nuevo tratado, prometiendo no volver a molestar jamás a ningún barco de aquella nación en particular, ni cautivar a ninguno de sus súbditos. Pero tan pronto como desaparece la flota, los piratas vuelven a las andadas.

—Un caso claro de poca colaboración entre las naciones. Si aparece un enemigo común, en vez de acogotarlo entre todas, le dejan extender su dominio, por hacerse mutuamente perjuicio.

—Los bereberes son sinuosos, arteros y mal intencionados. En 1680, fué enviado de Inglaterra Sir Robert Mausell con el encargo de exigir la promesa de que no atacasen los bereberes a la flota

inglesa. La obtuvo, y, antes de que regresase satisfecho a Inglaterra, ya cuarenta barcos ingleses habían sido barridos de las rutas comerciales a los puertos de Argel..

—También Inglaterra a veces demuestra falta de sensatez, señora — sonrió Carlos Lezama, mirando a Mary Dear.

—Sin embargo—prosiguió Lecuona, —Inglaterra se negó en 1685 a pactar con los piratas bereberes. Envió un escuadrón al mando de Blake, con instrucciones de darles caza y exterminarlos, y armó al gran marino con una fuerza suficiente para este propósito. Blake entró valerosamente en el puerto de Túnez, bajo los mismos cañones de la fortificación, y quemó cuantos barcos se hallaban anclados allí; luego puso rumbo a Argel, de donde trajo cuantos esclavos ingleses, escoceses e irlandeses había allí aprisionados. La victoria resonó, y durante los veinte años transcurridos desde entonces, se han emprendido varias expediciones punitivas, sin que se logre nada práctico. Los bereberes siguen dominando el Mediterráneo, porque España tiene las manos ocupadas en velar contra las posibles agresiones europeas.

—Pocos vecinos y mal avenidos.

—Sir Edward Spragg, siguiendo el ejemplo de Blake, quemó la flota argelina en el puerto de Bugía, con el resultado de que el populacho se levantó, asesinó al “aga” y llevaron su cabeza a los ingleses en señal de que deseaban la paz. El buen efecto de esta acción enérgica duró cinco años; entonces, de nuevo fué preciso que otro inglés fuera a devolver el juicio a los argelinos. Pero Sir John Barbrough, en vez de bombardear la plaza, siguió la práctica más usual y pagó dócilmente sesenta mil piezas de a ocho por la liberación de cierto número de cautivos ingleses. Fué enviado de nuevo; esta vez a castigar a los piratas tripolitanos, que se habían hecho más insolentes durante la represión contra sus hermanos de raza, situados más arriba en la costa. Después de mucho conferenciar con el bey, comprendió Barbrough que no se sacaba nada, y se resolvió a tomar medidas más enérgicas. A medianoche envió al puerto doce botes armados de “cohetes”, al mando de su teniente mayor Cloudesley Shovel. En el término de una hora todos los barcos enemigos estaban en llamas para gran asombro de los turcos. De paso, los ingleses se las arreglaron para recoger cierta cantidad de botín, pues al otro día el almirante pudo distribuir mil

novecientas piezas de a ocho a cada uno de sus oficiales y soldados, como premio a su valentía.

Echóse hacia atrás reclinándose el agotado narrador.

—Cuanto habéis expuesto me ha interesado—dijo Lezama—. Aprovecharé algunas de vuestras frases. Los trucos con los turcos... y el reparto de piezas de a ocho, iniciándolo con disparos de cohetes. Ahora, descansad, señor Lecuona. Estáis extenuado. Os prometo que haré cuanto me sea posible para que repiquen las alegres campanas de boda en Tacozarte.

—Si tal lográis, señor Lezama, contad con la mitad de mi fortuna. Os entregaré medio millón de onzas de oro, y os quedaré eternamente agradecido.

Diego Lucientes parpadeó al oír la fabulosa suma. Carlos Lezama también se sobresaltó...

—Por mi padre pertenezco a una de las familias más ricas de España, señores—dijo, sonriendo tristemente, el evadido—. Pero mi única ambición es que Rosa sea mi mujer... Contad con lo que os he dicho, capitán Lezama. Medio millón de onzas de oro.

—Muchas son y me apetecen, señor —reconoció el Pirata Negro —. Pero... tuve madre sevillana y español me considero. No quiero dinero de manos de un español que en vuestro trance está.

—¿Abandonáis, pues...? — empezó a decir, desconsolado, Lecuona.

—Pagará el gasto "Mezzomorto"... Descansad ahora, mientras mi amigo Lucientes y yo vamos a cubierta a ultimar ciertos detalles. Vos, señora, continuad tan caritativa atendiendo a este noble caballero.

En cubierta, extrañóse Lucientes al oír la primera pregunta del Pirata Negro:

—¿Tienes tú cuentas pendientes con España?

—Ninguna. Salí estudiante, y todo lo más deberé algunos barriles de vinos tomados a vasos, y distintas camas que no pagué... Alguna que otra poesía mal rimada que dejé..., y paro de contar mis delitos en España.

—Entonces, podrás ir tranquilamente a reposar en Tacozarte hasta que yo regrese. ¿Qué es lo primero que piensas hacer a tu llegada a La Palma? Hablando seriamente estoy, madrileño. No me hables del vino de La Palma ni de juego...

—Valido de la gratitud que por ti siente el adelantado, le solicitaré recomendación para que nuestros hijos queden bien atendidos en tutela de sabios profesores duros de mano y justicieros. El problema está en Mary. Generosamente has renunciado a ella y...

—...y tú harás lo mismo, estudiante. Tú eres rico. Sin ofenderla, puedes ofrecerle descanso y tranquilidad en Inglaterra. ¿Quiere ser buena?.. Que lo sea... lejos de nosotros. Es bella..., pero no podemos pensar en ella como madre de nuestros hijos. Confío en ti, estudiante. No te perdonaría cualquier tontería que cometieras. Eres responsable de mi hijo. No te digo más. Si "Mezzomorto" me decapita, suerte tendrá y no lo lamentaré demasiado. Pero, óyeme bien...—y la mano del Pirata Negro asió por el cinto a Diego Lucientes, quedando ambos rostros juntos en la noche...—: muerto y todo, si mal te comportaras con tu hija y mi retoño, de la tumba saldría para matarte. Y bien sabes que yo no uso de melodramáticas expresiones. Adiós, señor Lucientes..., o hasta la vista.

Y el Pirata Negro se dirigió hacia la pasarela, donde uno de sus piratas arrió la lancha...

—Pero..., ¡señor!—exclamó Lucientes, corriendo tras él—. ¿No te despides de... ella y del adelantado?

—Hazlo tú en mi nombre. Cuando llegue a mi bordo te mandaré a mi hijo. Le diré que voy de viaje y volveré pronto, y que mientras sólo a ti te considere como si yo mismo fuera. Harás inmediatamente rumbo a la isla de La Palma. Y nada dirás hasta que amanezca.

—Pero... ¡si ni siquiera sabes dónde anda metido este maldito Hadji Hasan que el diablo confunda!

—¿No oíste que partió de Argel? En Argel la Blanca sabré hallarle.

CAPITULO IV

Argel la Blanca

Atravesado el Estrecho de Gibraltar, el Mediterráneo se extendía azul y calmoso, en contraste con las verdosas y turbulentas aguas del Océano, que tras suyo dejaba el velero que airosamente, a todas velas desplegadas, avanzaba velozmente...

En la sala capitana, "Cien Chirlos" y "Piernas Largas", llamados por el Pirata Negro, pestañearon asombrados cuando "él" les arrojó una voluminosa lona que rodeaba algo que no podían ver.

—Hay aquí dentro ropas blancas, algodonosas. Las usamos de costumbre para "entopar" las pértigas de los cañoneros y también para calentar las piezas frías en noches de hielo. De cuanta ropa hay ahí dentro han de salir dos "burnous", que son las amplias capas argelinas, un cubrecazas con lienzo cubriendo la nuca y las espaldas, y anchos calzones, que la camisa libre es uno de emplearla del color que quiera.

"Cien Chirlos" desenvolvió el hatillo, hundiendo las zarpas entre las esponjosas telas.

—Digo dos vestidos, porque, además de blancos que el color de la "morisma" que deambula por Argel la Blanca, he pensado que entrar con el velero de buenas a primeras será desatar un fuego infernal. Iremos yo y uno de vosotros dos a explorar el terreno.

—Señor, ¡el andaluz fué el último que te acompañó! ¡Me toca ahora a mí!—vociferó "Cien Chirlos", ansioso.

—¡Digo! ¡Ni "na" ni "na"! Lo que el señor decida será, ¿verdad, señor?

—Uno de vosotros ha de quedar a bordo, en espera de mis órdenes.

—El andaluz es un jabato, señor... —elogió "Cien Chirlos",

deseoso de ser él quien acompañase al Pirata Negro.

—Ese carota fea es un talento, señor—acotó “Piernas Largas”.

Carlos Lezama cogió de encima de la mesa un recio mango de pértiga artillera. Como si partiera una frágil varilla de caña, rompió en dos pedazos desiguales el grueso madero. Ocultó los dos pedazos tras su espalda.

—El que acierte a elegir el mayor de esos trozos, vendrá conmigo y será por ahora el sastre que confeccionará los dos atuendos moriscos.

“Piernas Largas” señaló a “Cien Chirlos” las manos ocultas del Pirata Negro.

—Elige tú primero, carota.

—¡Allá voy!—declaró “Cien Chirlos”, como quien se arroja al agua.

Cuando sintió en su mano el roce de un madero, ocultó presuroso el “botín” tras sus espaldas. Curro Montoya avanzó contoneándose.

—Con tu permiso, señor. Me quedo con el otro trozo... y gano. Porque, aunque me esté mal el decirlo, soy afortunado en amores y en juego.

—Cuando no hay trampas, pierdes, fanfarrón—sonrió el Pirata Negro.

Enarboló en alto “Cien Chirlos” el trozo de madera, gozoso. Y, pese a las repetidas comparaciones de “Piernas Largas”, no cabía dudar que era patente la mayor largura que daba el triunfo a “Cien Chirlos”...

* * *

Argel la Blanca. Sus diminutas casas, apiñadas alrededor de los zocos, semejan un vuelo de palomas posadas entre verdores costeros, que más al interior se difuminan en otras blancuras desérticas...

Al anochecer de un espléndido día de mayo, de una lancha desembarcaron en una zona inhabitada y protegida a la vista de la ciudad por enjambres de altas palmeras...

Dos árabes pusieron pie a tierra y la lancha se alejó...

—Recuerda lo que te he dicho, guapetón. Tú eres mudo.

—Sí, señor.

—¡Tate! Si eres mudo, ¿cómo es que me replicas?

—Bueno. Perdona, señor… Es que para ti no soy mudo.

—Lo eres, bruto, lo eres. De ahora en adelante has perdido la lengua hasta para mí mismo. No querrás que te la arranque de un bocado, ¿no?

“Cien Chirlos” iba a hablar, pero, tragando saliva, denegó con la cabeza.

—¿No me has oído?

Volvió a denegar primero “Cien Chirlos”. Después, aprobó vigorosamente, pero siempre dando cabezadas…

—Bien. Eres mudo, guapetón. Limítate a irme escuchando mientras andamos hacia Argel la Blanca. Los bereberes acogen con gran agrado a los escasos blancos que reniegan de su raza y religión. Por lo canto, como no quiero manchar mi condición de español, fingiré ser un portugués fanfarrón. Esos portugueses que a los bichitos que corren por los camastros les llaman “panteras do catre”. Tú serás otro portugués, pero mudo.

“Cien Chirlos” cabeceó con fuerza.

—En esta costa el español es la lengua de todos, porque, si no lo sabes te lo he de explicar, los actuales habitantes de estas regiones son en su mayoría descendientes de los árabes expulsados de España. Si me finjo portugués y fanfarrón, y por añadidura renegado, pronto me ganaré la confianza de esta gentuza.

* * *

Un riachuelo murmuraba su canción cristalina yéndose a perder en el valle que a retaguardia de la ciudad de Argel iba a morir en el desierto.

Junto a las aguas del riachuelo, que era una líquida barrera por donde se entraba a la zona edificada, dos árabes sentados sobre sus piernas cruzadas sorbían gravemente la bebida que en infusión de hierbas aromáticas acababa de venderles un mercader instalado con su cocina ambulante junto al puente que atravesaba el estrecho caudal.

Las palmeras cimbreábanse lánguidamente… Oíanse lejanos redobles de atabales y agudos sones de chirimías. Cipreses y olivos tachonaban leguas más al Oeste la blanca extensión…

—¡Alá es grande!—exclamó el Pirata Negro—. Argel la Blanca es bella… Acoge caritativa a los que odian al blanco orgulloso.

Sorbió otro nuevo trago de la cálida bebida. El vendedor le miró

indiferente. “Cien Chirlos”, bestialmente horrible con su atuendo moro, no pudo evitar una mueca al imitar a su jefe, bebiendo...

—¡Alá es misericordioso!...—siguió recitando el Pirata Negro—. Y al humilde caminante portugués que a sus moradas llega en la tierra generosa de Argel la Blanca, le acogerá.

—¿Portugués eres?..—preguntó el vendedor—. Tu rostro es atezado y muchos soles le quemaron.

—Soy Bartolomé de Oporto. Reniego de los blancos, que me condenaron a galeras porque maté a mi capitán. Navegábamos por las costas gallegas, cuando ocurrió... He logrado huir con mi compañero de galeras. También es portugués... El pobre quedó privado del uso de la lengua.

—Pero tú tienes sobrada lengua— dijo, desdeñoso, el árabe.

—Me la dieron para hablar, ¿no?

Y a mí, Bartolomé de Oporto, me sobra lengua y valentía. Era yo el terror de los mares... ¿Qué músicas son las que se oyen?

—El festejo en honor al que sí es el terror de los mares—replicó el árabe. —El elegido de Alá. El hombre más valiente del Universo.

—Después de mí—dijo el Pirata Negro—. Que soy Bartolomé de Oporto.

—¡Insensato!—dijo el árabe, brillantes los ojos— ¿Osas compararte al intrépido alfanje vencedor? ¿Te atreves a menospreciar al temor de los cristianos.

—¿De quién hablas?

—De Hadji Hasan, el poderoso... Hadji Hasan, el capitán audaz.

—Verlo sería para mí un honor.

—Desembarcó hace días, y dió dinero para que por espacio de una semana en Argel hubiera festejos en su honor.



—Yo soy Barlomé de Oporto.

—¿Los presencia?

—No; él se retiró a sus dominios.

—Quizá Hadji Hasan y yo juntos lográsemos ser los dueños del Mediterráneo, para mayor gloria de Alá.

—Tú eres un portugués jactancioso.

—Sólo me has visto tomando tu brebaje, que por cierto es infecto. ¿Me has visto pelear?

El vendedor extrajo de debajo de su "burnous" una gumía corva...

—¿Ves este puñal, portugués? Ha matado a muchos blancos...

Levantóse el Pirata Negro... El árabe fué retrocediendo hasta un portal de una casa cercana. Agitaba su gumía.

—¡Detente, renegado!—vociferó.

—Pelea no quiero, mahometano. Yo quiero ofrecerle mis servicios a Hadji Hasan. Dime dónde puedo encontrarlo. Porque soy Bartolomé el de Oporto, y cuando pregunto quiero que me contesten.

El árabe lanzó de pronto su gumía... El puñal corvo silbó rozando la tela blanca que envolvía las sienes y los cabellos del Pirata Negro, el cual, agachándose apenas vió el movimiento amenazador del árabe, proyectóse hacia delante.

Su rodilla trabó contacto con el estómago del árabe, mientras le asía con ambas manos por el cuello...

—¿Dónde puedo encontrar a Hadji Hasan?..

—No... sé... Nadie... sabe...

—Tú lo vas a saber, vendedor de agua sucia—y el Pirata Negro zarandeó a su prisionero—. Te quedarás mudo eternamente si no me dices dónde encontraré a Hadji Hasan.

—No... sé... Pero... Tarbo... sabe...

Soltó Lezama al árabe, que a efectos de la fuerte presión en su cuello desplomóse lentamente, quedando sentado contra el arco del portal.

—¿Quién es Tarbo?

—El renegado francés que vende dátiles y leche de camella en el Zoco Ardiente.

—¿Dónde está ese Zoco Ardiente?

—Al otro lado de la ciudad, junto al valle del castillo.

Recogió el Pirata Negro del suelo la gumía... La tendió a “Cien Chirlos”.

—Toma, hermano mudo. Complementará tu belleza mora.

Volvióse hacia el mercader, que seguía respirando fatigosamente.

—Y acuérdate que yo, Bartolomé el Portugués, vine a ofrecerle mis servicios a Hadji Hasan. Si te apreté el gaznate fué porque no querías informarme, y Hadji Hasan se enfadará contigo. Sigue vendiendo tu jugo de ropas sucias, y cuando me veas, salúdame. ¿Has oído?

El árabe levantóse trabajosamente, y, arrodillándose, se prosternó.

—Eso es, hermano—aprobó el Pirata Negro.

Atravesaron el puente, y aún seguía prosternado el árabe.

—Queda convencido de que soy un cobarde portugués fanfarrón. Pero esos mozos son también unos cobardones, y a la que les enseñan los dientes, se convierten en humanas alfombrillas. ¿Qué opinas, guapetón?

"Cien Chirlos" asintió gravemente con la cabeza. Tenía en mucho aprecio su lengua...

* * *

Las calles de la ciudad ofrecían el clásico ajetreo de los puertos mediterráneos. Bullía entre el sol el hervidero humano...

Abríanse paso lentamente los dos falsos árabes, casi ensordecidos por los clamores de los vendedores que pregonaban sus mercancías.

Aumentaba el bullicio los sones de las chirimías y los redobles de los atabales festejando al "alfanje terrorífico"...

Se detuvo el Pirata Negro ante una apilada colina de dátiles expuestos a la venta encima de una mugrienta tela... Un moro viejo intentaba inútilmente apartar con la mano el enjambre de moscas que zumbando se posaban en los azucarados frutos...

—Bueno para comer... Bueno para comer... — recitaba cansinamente el viejo.

—¡Alá es grande, "chivani"!—saludó el Pirata Negro, llevándose los dedos de la diestra a los labios, a la frente y al corazón.

—Y Mahoma es su profeta. Esa es la única verdad—replicó agradecido el viejo moro.

—¿Puedes decirme cuál es el camino más corto para llegar al Zoco Ardiente?

—El Zoco Ardiente es peligroso. No vayas a él. Tú no eres argelino.

—Soy Bartolomé de Oporto. Y vengo a ofrecerle mis servicios a Hadji Hasan. Y quiero que todo el mundo lo sepa.

—No vayas al Zoco Ardiente... No vayas al Zoco Ardiente...

—A mí nada me infunde miedo, "chivani". Que yo soy Bartolomé de Oporto, y casi soy tan valiente como Hadji Hasan.

—Bueno para comer... Bueno para comer...—recitó el moro, y sus ojos rehuyeron la mirada del Pirata Negro. Miraba a su alrededor, temeroso...

—¿No quieres decirme, "chivani", el camino más corto para

llegar al Zoco Ardiente?

—Morirás...—bisbiseó el viejo—. Es el zoco de los piratas.—Y, alzando la voz, canturreó: —Bueno para comer... Bueno para comer...

Tiró el Pirata Negro una moneda de oro entre las piernas cruzadas del viejo moro.

—Si tan buenos son para comer, ¿por qué no los comes tú, “chivani”? Adiós, “chivani”. Prosperidad derrame Alá sobre ti y sobre tus dátiles y las moscas.

CAPITULO V

El Zoco ardiente

Louis-Jacques Pastéque había nacido en Marsella, y sus cuarenta y cinco años de exuberante vitalidad contenían una gran experiencia en todo cuanto fuera malvivir.

Desde su adolescencia había ido vagando por todos los puertos del vasto lago marítimo del Mediterráneo, y en todos sus puertos costeros había ido probando fortuna sin resultados prácticos.

Adoptó el apodo de "Tarbo" entre los turcos, y su inquieto temperamento le llevó hasta el conglomerado de casas que formaba a modo de barrio exterior de la ciudad de Argel.

Una mísera tienda donde vendía frutos y leche de camella encubría su verdadera actividad de espía de Hadji Hasan...

Su misión era conocer a todos los que frecuentaban el Zoco Ardiente, y por eso aquella mañana, desde el umbral de su tienda, dedicaba la mayor atención a dos árabes que, desfilando indolentemente por entre las reuniones de piratas bereberes, parecían ir buscando un objetivo determinado.

No solían los habitantes de la ciudad ir al Zoco Ardiente sí no eran llamados por Hadji Hasan. Considerábase aquel zoco como sitio de reunión y estancia de los piratas a las órdenes de "Mezzomorto".

El obeso marsellés renegado intentó recordar si en su vasta amplitud de conocimientos contaba con la amistad de aquellos dos mahometanos, ya que acababa de ver que uno de ellos, tras preguntar algo, le miraba y se dirigía hacia él.

—"Salaam malek", Tarbo — saludó el árabe de rostro bronceado y mirada insolente—. En tu busca venía.

—"Alah barkam", visitante—replicó Tarbo—. ¿En qué puedo

servirte?

—Yo soy Bartolomé de Oporto. Nadie iguala mi valor y espada en mano he combatido contra muchos enemigos a la vez, dándoles certera y pronta muerte.

Tarbo había nacido en una ciudad donde el aumentar las propias cualidades es un modo habitual de conversación.

—Tu valentía no pienso desmentirla, Bartolomé de Oporto. ¿Te apetece leche fresca de camella a una piastra la tinaja?

—No he venido a hablar al mercader, francés. Tú eres, como yo, hombre de acción y aventura. Si hoy vendes dátiles, cierto estoy que ayer eras el terror de tus enemigos.

Acaricióse el marsellés el grasiento mostacho de largas guías colgantes. Sentíase halagado…

—Penetrante es tu mirada, Bartolomé de Oporto. Sabes conocer las personas. No eres un árabe vulgar. Entra… entra con tu amigo. Os invitaré a mí buen vino español.

Entraron el Pirata Negro y "Cien Chirlos" tras el marsellés renegado, en el umbrío y fresco interior de la tienda. Sentáronse en cuclillas sobre un mullido tapiz verde, y Tarbo colocó en él una ventruda jarra rodeada de tres vasitos de loza.

—Nosotros, blancos, conocemos la virtud del buen vino.

—De los blancos sólo acepto el vino. Porque yo soy Bartolomé de Oporto y odio a la raza blanca.

—Yo renegué de ella hace treinta años.—Y, tras chasquear la lengua contra el paladar después de un largo sorbo, prosiguió el marsellés, en su labor sinuosa de información: —¿En qué puedo servirte?

—Me dijeron en la ciudad que tú eras el hombre más instruido de los contornos.

—En efecto. He viajado mucho y he aprendido cuanto he podido. ¿Qué deseas saber?

—Cuando yo navegaba, todos me temían. Tuve que matar al capitán de las galeras donde remaba, y ahora estoy libre. Deseo servir a la mayor gloria de Alá, y tú, con tu inmensa sabiduría, puedes aconsejarme.

—¿No te advirtieron que entrar en el Zoco Ardiente era peligroso?

—Para Bartolomé de Oporto nada es peligroso. ¿Por qué llaman

a ésta ciudadela el Zoco Ardiente?

—Porque la escasez de palmeras no impide el paso al sol. Pero también porque es aquí donde los hombres beben licor fermentado con pólvora antes de emprender sus incursiones que siembran el pavor entre las huestes cristianas.

—¿Son piratas los hombres del Zoco Ardiente?

—Sí, y de los más temibles.

—Necesitarán, pues, un hombre de mi gran categoría. Soy una espada libre y tengo dotes de mando.

—Yo soy, por azar de las circunstancias, un humilde mercader. No obstante, te ofrezco acogida en mi morada, y quizá pueda ofrecerte también la probabilidad de que demuestres tu valor sin igual.

El Pirata Negro señaló con la mano a “Cien Chirlos”.

—Este hermano mío tiene la desgracia de ser mudo. Perdónale, pues, si no te agradece los sorbos de vino que generosamente bebe en tu honor y a la mayor gloria de Alá. Confío en ti, Tarbo. Si consigo ser un jefe pirata en este zoco, seré agradecido.

—¿Has oído hablar de Hadji Hasan?

—¿Quién no ha oído elogiar la sin par bravura del azote de los blancos?

—Le llaman también “Mezzomorto”. Para un hombre audaz hay fortuna a su lado.

—¿Por qué no la intentaste?

—Porque exige a los que forman su guardia personal tres pruebas… Tres pruebas que son sobrehumanas. Cuantos las han intentado han perecido. Y por eso no le rodean ni renegados ni bereberes. Sólo negros nubios, que, por su vivir en la selva y sus desmesuradas fuerzas, lograron entrar a ser sus guardias personales.

—Para Bartolomé de Oporto no hay prueba a que le sometan que no la venza. Yo no quiero ser un piratilla más del Zoco Ardiente. Quiero vivir a la sombra magnífica del gran Hadji Hasan.

—No reside en el zoco. Vive en un castillo. Allá.

Dominando el zoco, un pequeño monte audaz avanzaba como una cuña entre los valles de Argel y del zoco. Cercana a la cumbre rodeada de altos cipreses, que erguían su negrura en medio de difuminados olivos, se alzaba un castillo.



Se alzaba el castillo...

Una fachada solemne con múltiples almenas contemplaba el zoco y el mar por encima de los bancales de olivos y cipreses.

El sol abrillantaba los grises muros... y se reflejaba en la hilera de cráneos descarnados y blancos, pulimentando aquellas cabezas de esqueleto que formaban como un a modo de adorno todo a lo largo y alto de las almenas.

—El castillo de los decapitados— dijo en un susurro el marsellés.

—¿Los decapitados son aquellos bolos? Seguramente prisioneros.

—Y también los que intentaron entrar en el castillo. Los muros del oeste protegen el acceso a los fosos. Los del este, la entrada a las habitaciones de Hadji Hasan. Los del norte, a los alojamientos de sus nubios. Y el muro sur está enrejado en sus ventanales que desde aquí no podemos divisar. Allí tiene encerrados Hadji Hasan sus rescates valiosos.

—Un castillo interesante. Tal como lo has descrito, tengo por cierto que tú has logrado entrar en él sin que tu cabeza adornase los muros.

—Hadji Hasan me honra con su amable condescendencia.

—Deseo que tal sentimiento se propague a mi humilde persona.

—Reposa en mi casa, y mañana al amanecer veré si por ti puedo hacer algo. Aunque en secreto quiero confesarte que si yo tuviera tu edad y tu fortaleza arrogante, buscaría fortuna lejos de este castillo.

—Hadji Hasan es rico, y puede darme oro.

—Pero puedes ganarlo en el Zoco Ardiente enrolándote como simple pirata.

—Bartolomé de Oporto es como César: o todo, o nada. Quiero merecer la confianza de Hadji Hasan.

—Las tres pruebas...

—Pocas son para Bartolomé de Oporto.

Pasó el resto del día en relaciones exageradas, en las que mutuamente compitieron ambos charlistas en abultar sucesos que todos, teniendo distintos marcos, coincidían en un punto común: en hacer resaltar la intrepidez inigualable del marsellés y del fingido portugués.

Entrada la noche, Tarbo contempló a sus dos visitantes, que, tendidos encima de alfombras, dormían profundamente. Salió de la tienda...

Apoyado encima de un codo, le vió el Pirata Negro dirigirse hacia la sombría mole del montecillo rematado en un castillo majestuoso...

—Voy a dar un paseo a la luz de la luna, guapetón.

—¿Te acompaño, señor?

—¡Maldito seas! ¿Eres o no eres mudo? Si regresa Tarbo antes que yo, hazle entender por signos que yo estoy paseando y que soy poeta. Te tocas el pecho en el lugar donde se supone que tienes corazón, y pones los ojos en blanco mirando hacia la luna. Si Tarbo no se desmaya al verte, comprenderá que he ido en busca de la luna o en busca de amores.

El Pirata Negro descolgó de una pared una larga cuerda gruesa arrollada en voluminosas espirales. Rodeó con ella su hombro.

—Si tardase más de un día en volver, lanza metralla contra el zoco Ardiente y los galeones que tiene Mezzomorto anclados en la bahía de la costa. Si regreso, y mañana Tarbo me da la probabilidad de visitar a Mezzomorto, tú te quedarás por los alrededores de este zoco, en espera de mis noticias. Y si eres mudo no eres sordo; por lo tanto, óyeme bien: si me sigues ahora, va a haber un cráneo más en

lo alto de los muros.

CAPÍTULO VI

El inglés cautivo

Mientras avanzaba por la pendiente que conducía al castillo, meditaba el Pirata Negro en las ventajas y los inconvenientes del atuendo morisco.

La blancura del “burnous” servía útilmente durante el día para ahuyentar las refracciones ardientes del sol, y también en la noche para disimularse en la superficie arenosa del desierto.

Pero entre olivos y cipreses hacíase muy visible la silueta de un hombre andando... Consiguió llegar sin contratiempos hasta la base del alto muro de la fachada sur.

Contó una veintena de enrejadas aberturas en el muro... Sin duda alguna, tras una de aquellas ventanas hallaríase una desesperada doncella canaria henchida el alma de amargura alejada de su prometido.

Dibujóse en los labios del Pirata Negro la sonrisa irónica con la que quería borrar el sentimentalismo de su corazón.

“Una canaria en jaula”, meditó, mientras iba desenrollando la cuerda, en cuyo extremo formó un amplio lazo.

Tomó por punto de referencia el resalte en cuña de una almena, disponiéndose a lanzar allí el improvisado lazo.

De pronto se adhirió al muro... Una luz vacilante acababa de iluminar débilmente una de las ventanas enrejadas. La llama de una vela...

Rebotó en el suelo, con ruido mate, un pequeño envoltorio blanco. Y la luz de la ventana fué amenguándose... De nuevo reinó la obscuridad con la que el muro sombreaba los rayos lunares...

Cautelosamente, el Pirata Negro se acercó al lugar donde había caído el extraño objeto que recogió volviendo a la sombra.

Una rota cuchara de madera envolvía un papel escrito profusamente. Aguardó unos instantes el Pirata Negro hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra y pudo leer:

> “Caminante que con ansia espero aparezcas compasivo y te apiades de Thomas Sweet:
>
> ”Hace ya unos dos años que tuve la desgracia de caer prisionero de los turcos en la costa de Berbería, los cuales me trajeron cautivo a Argel, y desde entonces he escrito con frecuencia a Londres al maestro Southwood, de la parte alta; a Richard Bernard, del palacio del duque; Richard Coote, del Baukside; al maestro Linger, un camisero de Crooked Lane, y en la carta del maestro Southwood adjuntaba otra para mi padre, si está vivo, y otras para mis hermanos y amigos, si no están muertos.
>
> ”Jamás he sabido si están vivos o muertos, lo cual me hace pensar que las cartas se han extraviado, o que han fallecido o que se han ido a otras regiones. Pero Hadji Hasan Mezzomorto confía obtener de mi un gran rescate y por eso no me ha decapitado.
>
> ”Les tengo que suponer sin haber recibido mis mensajes, porque yo sé que son demasiado buenos cristianos para no haber mirado por mí en estas trágicas condiciones de esclavitud en que me hallo, amenazado continuamente de ser mi cabeza cortada por los alfanjes de los feroces nubios de Mezzomorto.
>
> ”¡Oh, parientes y amigos míos! Si el caminante que en vano espero de mí se apiada, sabrán que soy un desdichado cautivo en Argel. Pero antes de llegar a esta situación, he sufrido los horrores de mil iniquidades.
>
> ”Fuí recogido por un bajel holandés después de tomar parte en la guerra de Giderland. Mi patrón era un renegado barón francés, que vivía en el campo, y me alquilaba a mí y a otro cautivo protestante, un hombre del Norte llamado Roninken, y nos llevaron a Argel, donde nos compró Mezzomorto.
>
> ”Para mi desgracia y quizás también mi suerte, porque sé de letra y mis modales son distinguidos, Mezzomorto

me compró junto con Roninken, y pide por nuestro rescate doce mil libran, porque se supone que tenemos buenos amigos que nos querrán rescatar.

”Roninken ha escrito a sus amigos los vikingos comerciantes, y estamos tan profundamente ligados uno a otro, que nuestros amigos deberán estarlo por igual a los dos.

”¡Ah, padre, hermanos, amigos y conocidos! Vean de rescatarnos lo antes posible. Desde que estamos aquí han sido decapitados muchos prisioneros, otros echados al foso de los cocodrilos y las panteras, y otros redimidos, lo cual nos hace siempre esperar que seremos los siguientes, pero nuestras esperanzas se hallan defraudadas.

”Les suplicamos, pues, por el amor del Señor, que ha redimido a vuesas mercedes, que hagan cuanto esté en su mano por redimirnos a nosotros. Existe en Inglaterra una Sociedad, renombrada en todo el mundo cristiano por su piedad en esta obra.

”¡Oh, en el nombre del Señor, por quien sufrimos, diríjanse a esas almas nobles! Jamás hemos comprendido tan bien el sentido del salmo escrito por aquellos judíos cautivos como ahora… “Junto a las aguas de Babilonia nos sentamos a llorar y recordar tu nombre, ¡oh, Sion!”… cuando nos acordamos de ti, ¡oh, Inglaterra!

”Buenos amigos, esperamos que estos suspiros de nuestros pechos llegarán a vuestros oídos y moverán sus corazones a piedad y compasión.

”Se nos ha dicho que hay un comerciante en Londres, un tal Mr. Stanner, de Saint Mary Axe, que tiene un factor en Legorn, y otros londinenses, míster Hodges y Mr. Mark, que tienen negocios allí, que pueden darles a vuesas mercedes todas las indicaciones para nuestra redención. Si no pueden hacer otra cosa, no nos nieguen al menos sus oraciones.

”Y tú, ¡oh, caminante!, apiádate de nosotros. Lleva este mensaje y serás recompensado. Si entregases estas líneas a Hadji Hasan Mezzomorto, moriríamos decapitados. Serás recompensado si llevas este mensaje,

nuestra última esperanza. Y yo, Thomas Sweet, rezaré por ti, y seré tu agradecido esclavo cuando por ti llegue a ser hombre libre.

”Hay un correo en Londres, hombre audaz llamado Saunders, que lleva cartas a todas tierras donde ningún blanco osa pisar. Él puede traernos noticias de vuesas mercedes. El Señor dirija sus pensamientos por la senda del amor y nos dé a nosotros fe y resignación.

”Su desdichado amigo y hermano en Jesucristo,
Thomas Sweet.
”En Berbería, 29 de septiembre de 1708.”

El Pirata Negro dobló el mensaje, que guardó en un bolsillo interior de su cinto. Volvió a mirar hacia la ventana enrejada y volteó sobre su cabeza la pesada soga...

El lazo chocó contra la reja de donde antes había brotado un haz de luz. Pero, como era lógico, no quedó aprisionada, y volvió a caer.

Al segundo intentó, quedó triunfante su propósito. Unas manos ávidas se tendieron a través de las rejas asiendo el lazo volador, que quedó afianzado alrededor de los barrotes.

Comprobó el Pirata Negro la reciedumbre de la cuerda sujeta y aplicando los pies contra el muro, fué trepando ágilmente hasta lograr sentarse en el marca saliente de la ventana enrejada.

Un rostro demacrado en el que la larga barba rubia alargaba aún más los rasgos, fijó en el semblante del Pirata Negro unos ojos encendidos por un paroxismo de esperanza...

—Vos sois, sin duda, el inglés Thomas Sweet—habló en voz muy baja el Pirata Negro—. Intentaré hacer llegar vuestro mensaje, pero si puedo lograrlo yo mismo os libertaré... Callad, que hablo yo, y no podemos estar charlando amenamente. Por mi acento habréis adivinado que soy español, y si aquí estoy es en busca de una española. Una mujer que, según su amado, es bellísima, candorosa y juvenil. ¿Sabéis...?

—Hace tres días—bisbiseó roncamente el inglés—encerraron en la cámara anexa de la izquierda, a una mujer. No la he visto, pero la he oído llorar... y también he oído que Mezzomorto la llamaba “Rosa”...

Aplicóse el Pirata Negro el índice a los labios. Atrajo hacia sí la cuerda colgante que fué arrollando alrededor de la reja...

Cuando quedó sólo una porción de escasos metros, la sujetó con la diestra...

—Quiero visitar a la española, amigo. Cuando dentro de unos instantes sintáis que yo doy tirones, id desenrollando para permitir llegar al suelo... Y tened esperanza. Pronto oiréis nuevas noticias de mí.

Cubrióse Thomas Sweet la boca con las dos manos para impedir un grito de angustia al ver desaparecer de pronto al Pirata Negro.

Describió Lezama un arco, colgado de una sola mano y logró sujetarse con la izquierda a las rejas de la ventana que distaba varios metros de la que acababa de dejar.

Instalóse en el saliente, y examinó el interior de la cámara...

En un lecho cubierto de almohadones, dormía vestida una mujer. La luz de una vela perfumada extendía encima de ella resplandores sonrosados.

No supo Carlos Lezama si admirar más la nitidez del blanco cutis o la delicada finura de los rasgos juveniles. Rosa Hoyos era la plasmación de un ensueño hecho carne...

Y cuando abriendo los negros ojos fijó ella una mirada de pavor hacia la enrejada ventana de donde acababa de brotar un tenue susurro, comprendió Lezama que el adelantado mayor Antonio Lecuona había sabido elegir a la esposa ideal, que físicamente reunía a la mayor de las delicadas bellezas un encanto de suave ternura infantil, que se percibía en el suplicante ademán de imploración con el que juntando sus manos, Rosa Hoyos, creyendo sin duda en una alucinación, pretendía ahuyentar la visión enmarcada en las rejas...

—No tengáis miedo, señora. Os traigo noticias de Antonio Lecuona, vuestro prometido.

Rosa Hoyos, debido a la baja entonación con la que hablaba el Pirata Negro no pudo percibir más que dos palabras que siempre repetía mentalmente: Antonio Lecuona.

Como la gacela que brinca asustada o retoza alegre, saltó del lecho corriendo hacia la ventana, en cuyos barrotes apoyó el rostro...

—¿Quién sois?—murmuró temblando—. ¿Qué habéis dicho?

¿Qué nombres pronunciasteis?

—Quien soy, no tiene importancia. Que he dicho ha sido que os traigo noticias de Antonio Lecuona. Esos son los nombres que he pronunciado.

Llevóse ella una mano al corazón, con la respiración entrecortada.

—Temo que sufra un espejismo... Que vuestra voz sea eco de mis locas ansias y esperanzas...

Besó el Pirata Negro la mano que estaba en la reja.

—Eso os convencerá que soy de carne y hueso, Rosa Hoyos. Tened calma y aguardad confiada. Si fracaso en mi intento, siempre os queda la esperanza de que pronto Antonio Lecuona os liberará. ¿Os ha molestado Mezzomorto?

—No ha rozado siquiera mi mano. Dice que cuando consiga el gran rescate que mi prometido al escapar le pagará, entonces...—y un denso rubor cubrió las mejillas de la canaria—entonces seré una mas de las esclavas de su harén.

—Procuraré que tal cosa no suceda.

—Antes me mataría, señor. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Carlos Lezama para vos. Bartolomé de Oporto para esa turba de bereberes. Si pudiera, arrancaría estas rejas y os iríais conmigo ahora. Pero no es posible. Lo que la fuerza no logra, la astucia consigue. Confiad no en mí, sino en la Providencia, que no permitirá que una niña como vos perezca en tierras infieles. Volved a vuestro lecho. Intentad dormir y pensad que pronto allá en la bella tierra palmeña repicarán alegres las campanas anunciando que Antonio Lecuona es el más feliz de los mortales.

Una tenue sonrisa asomó a los rojos labios de la palmeña...

—Os acabo de ver por vez primera, señor Lezama... y en mi alma ha quedado afincada la mayor de las esperanzas. ¡Vos me salvaréis!

Fué retrocediendo mirando fijamente la figura del hombre indolentemente sentado en el marco de la ventana.

El rostro audaz de perfil de ave de presa... Los ojos de negro e intenso brillo... La bronceada piel destacándose entre los pliegues blancos... Las musculosas y nervudas manos que ahora daban secos tirones a la cuerda que sujetaban...

Desapareció de pronto aquella figura que parecía irreal...

Precipitóse Rosa Hoyos a la ventana y apoyando la frente ardorosa en las frías barras de hierro, vió describir en el aire un arco a la atlética silueta...

No pudo ver ya más cuando la cuerda desde la ventana próxima trazó un surco cayendo...

Por espacio de minutos Rosa Hoyos contempló la redonda faz lunar que destilaba rayos de plata sobre la comarca argelina.

Dos imágenes se sucedían alternativamente ante sus ojos. La juvenil prestancia de Antonio Lecuona y la inquietante y misteriosa arrogancia del que apareciendo repentinamente en su vida respondía al nombre de Carlos Lezama...

CAPÍTULO VII

El castillo de las tres pruebas

“Cien Chirlos” no tuvo necesidad de lucir sus habilidades relativas de presunto mudo, porque quien regresó antes fué el propio Pirata Negro.

—Larga ha de ser la conversación que Tarbo sostiene con Mezzomorto. Pero la noche es aún joven, guapetón.

Tendióse el Pirata Negro en la alfombra junto a su lugarteniente. Examinaba la calle del Zoco, por la que se había alejado Tarbo...

—Pronto dormiremos plácidamente, hermano mudo. Pero antes de cerrar los ojos y que viajemos hacia el inexistente país de los sueños, puedo verter en tus oídos cierta desazón que me invade siempre que contemplo a dos enamorados. Aunque estén lejos el uno del otro, hay radiantes esplendores en sus ojos cuando citan el nombre amado. Ella es bonita sin estridencias llamativas... Su nombre es el apropiado... Tiene la fragancia de una rosa recién abierta... No es un perfume embriagador... Es este tenue aroma que desprenden las bondades de alma... Sed de ternura es quizás la primera inspiración que Rosa Hoyos alienta en quien la ve...

Rió el Pirata Negro con seca carcajada.

—Me alegra que seas mudo, guapetón. Que así a nadie repetirás mis sensibleras palabras de una noche de luna en un Zoco Ardiente. ¿Por qué nací sentimental? Lo bien que se debe vivir siendo como tú, un inteligente bruto apegado a la mesa, al buen yantar y beber, que no se complica el vivir con ecos de violines que destilan melancolía resonando traidores en la caja de música que encierra el pecho. Feliz tú que sólo piensas en peleas, y tienes por orquesta sentimental una caja de pan y vino. Te relevo por unos instantes de tu mudez. ¿Comprendes cuál es el mal que me atormenta?

—Bruto soy, señor, pero a tu vera he envejecido... y si no a las claras, algo a las obscuras te comprendo. No hay mujer con la que puedas tener la confianza que... eso, que tienes en mí pongo por caso.

—La habrá. Pero no la sé encontrar... o cuando como un relámpago la percibo... ama a otro. Y tregua ya a las lamentaciones. Vuelves a ser mudo y procura roncar.

Rudamente la diestra del Pirata Negro manoseó el ancho hombro de su lugarteniente.

—El día que yo muera, guapetón, tú solo podrás acertar cuando en mí pienses. Sabrás que a muchas cortejé, que de muchas fuí desdeñado y también a muchas desdeñé. Y sabrás que los que me llamaban "enamoriscado faldero" no supieron acertar en comprender que tras el amor iba yo, como el sediento busca el agua. Pero agua pura y diáfana la hay en abundancia. No así se encuentra el amor que yo deseo. Y ahora, a dormir, hermano mudo, que también tú me has contagiado tu mudez.

Pronto roncó "Cien Chirlos". Tardó mucho más en dormirse el Pirata Negro, y ya en la semivigilia del que empieza a dormir, oyó los silenciosos pasos con los que Tarbo quería que pasase desapercibido su regreso del castillo de los decapitados...

El Pirata Negro continuó siendo un hombre que duerme profunda y plácidamente, mientras tendiéndose cerca de ellos dos, el marsellés renegado se disponía también a seguirles en el país de los sueños...

* * *

Los rayos del sol caían oblicuos sobre la tienda de Tarbo cuando dos sombras se proyectaron en el umbral, interceptando los amarillos resplandores del amanecer.

Dos nubios de negra musculatura aparatosa y achatados semblantes bestiales, permanecieron inmóviles contemplando con ojos de cruel fiereza a los tres hombres que prestamente pusiéronse en pie, abandonando el mullido tejido de las alfombras donde yacían.

Tarbo habló en un lenguaje desconocido y en el mismo dialecto replicó guturalmente uno de los nubios.

Volvióse el marsellés renegado hacia Carlos Lezama con torva sonrisa maquiavélica.

—¿No querías visitar el castillo de los decapitados? Esos dos nubios te acompañarán. Dicen que vienen en busca de un portugués renegado llamado Bartolomé de Oporto.

—Ese soy yo, pero quiero saber a dónde quieren llevarme estos simpáticos mastodontes.

—Mezzomorto te aguarda. Ellos dos son nubios de su guardia personal.

—No quiero hacer esperar a Hadji Hasan. Pero oye, Tarbo, tú que entiendes el dialecto de esos sacos de hollín, pregúntales para qué me desea ver Mezzomorto.

—¿Tienes miedo?—inquirió burlón el marsellés—. Tanto puede ser que te aguarde para rebanarte la nuez, como para nombrarte gran capitán de sus nubios. Lo tomes por donde lo tomes tendrás que acompañar a estos nubios. Es orden de Mezzomorto.

—¡Por si acaso, toma tú esa!

La manotada que recibió el marsellés en la nuca le hizo caer de bruces derribando en su aplastamiento una tinaja con leche de camella que se desparramó por el suelo.

Tocóse Lezama el pecho y después señaló hacia el castillo sonriendo y afirmando con la cabeza.

Los dos nubios impasibles se colocaron uno a cada lado suyo, apoyando significativamente la diestra en la empuñadura de sus pesados alfanjes de corva hoja ancha.

“Cien Chirlos” aguardó a que entre los dos colosos negros se alejase zoco arriba el Pirata Negro, y entonces abandonó la tienda.

Pero antes propinó un recio puntapié en las posaderas del marsellés que se incorporaba. Cayó Tarbo de nuevo de bruces con el rostro contra el pegajoso líquido derramado…

“Por si acaso eres un traidor soplón y espía”, meditó “Cien Chirlos”, siempre en su disciplinado mutismo… “Y volveré a por ti como lo seas”.

* * *

A la entrada del castillo cuya gran puerta se abrió chirriando de goznes hasta abatirse quedando a modo de puente sólido sobre la arena, cuatro nubios más, alfanjes desnudos al hombro, hicieron escolta a los recién llegados.

Y siempre en silencio acompañaron al Pirata Negro.

En el amplio patio circular del interior del castillo, donde

acababan de penetrar, sobre un entarimado de madera, un individuo vestido con ricos ropajes morunos, alto y flaco, aguardaba resguardado de los rayos del sol por un gran dosel de roja tela surca-do por múltiples semilunas bordadas en la tela.

La negra barba y los hundidos ojos resaltando en el macilento y cadavérico semblante del argelino Hadji Hasan, acreditaban que su apodo de “Mezzomorto” era acertado.

Los nubios empujaron al Pirata Negro y éste quedóse junto al borde del entarimado de madera.

—Me han hablado de ti—dijo Hadji Hasan en perfecto español.

Su voz cavernosa resonó hueca y profunda...

—Mi fama no iguala a la tuya, pero también a mí muchos me temen— dijo el Pirata Negro, con aires de suficiencia y bravuconería.

—Tarbo me dijo que deseabas verme y que te llamabas Bartolomé de Oporto.

—Yo soy el portugués Bartolomé. Y aunque nubios me han traído, por mi pie y solo hubiese venido, tan grande es mi afán por verte, Hadji Hasan.

Los flacos y descarnados dedos del argelino arañaron lentamente su barba.

—¿Quién eres?

—Un navegante valiente, que de blancos reniega. Vine a Argel matando antes al capitán de mis galeras. En La Blanca oí ponderar tu grandeza y sentí fervientes deseos de contemplarte de cerca y poder entrar en tu castillo, para sorprenderte algún día con mis grandes hazañas.

—Hay en las almenas de mis muros muchos cráneos. ¿Los has visto con tiempo?

—Adornan bonitamente tu morada.

—Son de cautivos cuyos rescates no vinieron y que por ser mujeres y ancianos débiles eran inservibles para el trabajo. Los mandé decapitar por mis nubios.

—Magnífica decisión—aprobó el Pirata Negro llameantes los ojos por lo que parecía en vez de cólera, entusiasmo—. Eran bocas inútiles y quien come pan que no gana, le sobra la boca.

—Pero también hay algunos cráneos que pertenecen a fanfarrones como tú, portugués renegado.

—Bien hecho. Al que alardea y no cumple sus desplantes, se le quita la cabeza y así se le rebaja el orgullo y queda convertido en un modesto cadáver.

Hadji Hasan contempló unos instantes en silencio al fingido portugués, que le miraba sonriente.

—Lengua te sobra...—dijo pensativo—. ¿Has oído comentar en qué consisten las tres pruebas?

—No me lo explicaron. Pero a catarlas vengo. Los del Zoco Ardiente parecen temerle a estas pruebas. Yo no, porque soy Bartolomé de Oporto y a nada temo.

—Hasta hoy ningún “rumi” renegado salió con vida de tales intentos. Pocos se presentaron pero todos tenían como tú, arrogancia y bravura antes...

—A mí me sobra bravura antes... y después, Hadji Hasan. Y a demostrártelo he venido acompañando a esos dos negrazos para que no se perdieran por el camino.

La sinuosa sonrisa de “Mezzomorto” recordó al Pirata Negro la mueca de la hiena olfateando cadáveres...

El argelino dió una palmada. Empujada por seis nubios fué deslizándose una gran jaula de barrotes de hierro en cuyo interior una pantera del desierto bostezaba con inquietos rugidos.

Tendida en toda su largura, arañaba el aire en zarpazos que comunicaban estremecimientos en su lomo de pelaje parduzco y dorado.

Señaló “Mezzomorto” la jaula que quedó parada a escasos metros del Pirata Negro.

—Ahí tienes la primera prueba, “rumi”.

—Esta pantera no me da miedo. Está entre barrotes.

—Todos los que quieren merecer mi aprobación necesitan primero demostrarme la elasticidad astuciosa de sus músculos. Mis nubios lograron el triunfo porque están habituados al desierto.

—En Jamaica a mí me llamaban “os terror dos leopardoes”, y que tanto es así que cuando un leopardo me veía, se recogía el rabo y presuroso echaba a correr, murmurando asustado mi nombre y poniéndose muy lejos de mi alcance—declaró Lezama sonriendo.

Quitóse el “burnous”, el cubrecabezas y la camisa con los amplios pantalones, quedando tan sólo con sus ceñidos pantalones de marino.

Descalzóse también las botas y junto al montón de ropas colocó su pistola y su espada.

En su cinto brilló la recamada guarda de su puñal.

—Si te atreves a entrar dentro de la jaula — dijo ceñudamente Hadji Hasan—te permito que lleves tu espada.

—Me he quitado la ropa porque me privaría de elasticidad, entorpeciendo mis movimientos. Pero no quiero espada, que me sobra con mi puñal para entendérmelas con este gato.

—Tus músculos son acerados y hay fuerza en tus anchos hombros. Veamos si cumplen lo que tu lengua alardea.

Dos nubios armados de largas lanzas se apostaron a los dos lados de la puerta de la jaula a la que se aproximó el Pirata Negro.

Tenían por misión el evitar que tan pronto la hambrienta fiera despedazase al loco "rumi", intentara abandonar su enrejado recinto.

—Te advierto que son dos días con sus noches los que la pantera está sin comer—dijo Hadji Hasan con sádico regocijo.

Pero su semblante cadavérico seguía ceñudo...

Volvió el Pirata Negro el rostro, con burlona sonrisa y gesto despreciativo de bravucón.

—Mal hecho. La pobre estará débil.

—El hambre aumenta sus fuerzas exasperándola.

—Entonces matarla será una merced que le concederé.

—El sol ha debido recalentar en exceso tus sesos ablandándolos, "rumi". Aún estás a tiempo de no ir a una muerte segura entre las garras y los colmillos de este fiero animal que es invencible y al león se impone por su felina agilidad.

—El león es torpe, y yo Bartolomé de Oporto soy muy listo.

—Mejor harás en entregar tu cuello al alfanje de un nubio que te decapitará.

—Prefiero la pantera, Hadji Hasan. Si después lo deseas podré, para seguir entreteniéndote, decapitar a varios de tus nubios.

La pantera retrocedió aculándose contra los barrotes al ver al hombro semidesnudo que con una mano en la puerta de la jaula, la contemplaba vigilante.

La larga cola azotó los hierros y la fiera agachó la poderosa testa.

El salto que dió Lezama apenas hubo entrado cerrando de

empujón la puerta coincidió con el enorme salto con el que distendiendo sus patas traseras el animal selvático aplastóse con las zarpas delanteras en mortal abrazo contra los barrotes donde un segundo antes se hallaba el Pirata Negro.

Revolvióse iracunda la burlada pantera, abriendo en toda su pavorosa amplitud las fauces sonrosadas rugiendo furiosa...

El Pirata Negro al otro extremo de la jaula mantenía su puñal asido por la punta.

Cuando la pantera describió un rápido y felino salto, un relámpago brilló destellando en la mano de Lezama, quien lanzó su puñal hacia el claro pelaje del pecho de la fiera arqueada en el aire con las zarpas dirigidas hacia él.

A la vez en acrobático impulso huyó de costado en doble voltereta...

Los zarpazos y rugidos de la fiera malherida fueron persiguiendo al hombre que, tensos los muslos, iba sirviéndose de los barrotes como de asideros para, en astuciosas cabriolas, huir de las acometidas incesantes de la malherida fiera, ahora más peligrosa que antes.

Al fin, exhausta, la pantera prodigó con más lentitud sus zarpazos que fueron debilitándose. Se tendió de costado, sacudió los poderosos miembros en postrer energía, y quedó muerta.

Sudoroso y jadeante, inclinóse Lezama recogiendo el puñal que arrancó de la ancha y certera herida, limpiando la hoja ensangrentada en el pelaje del animal.

Acarició la testa de la pantera, murmurando:

—Lo siento, hermosa. Pero aquí no mando yo... por ahora—y elevando la voz fué el portugués quien gritó dirigiendo sus voces hacia Hadji Hasan: —¿Panteras a mí? ¿A mí Bartolomé de Oporto?

Y con andares de jaquetón vencedor, salió de la jaula hasta de nuevo quedar frente a “Mezzomorto”.

—Recia es tu musculatura, “rumi” y felino eres como el tigre de Arabia. Has vencido el primer obstáculo. Sígueme... y no revistas aun tus ropas. Te aguarda la segunda prueba ante la que retrocede el ánimo del más templado.

Instantes después entraban en un sombrío y cuadrado recinto al aire libre en un extremo del patio. No había techo, pero el espacio contenido entre los cuatro muros estaba cubierto por anchas lonas

cosidas entre sí.

Era un estanque artificial de turbias y quietas aguas.

—Las sombras irritan al animal que vive en estas aguas. Es un monstruo voraz—sonrió de nuevo como una hiena “Mezzomorto” — y desde ayer por la mañana no le ha dado el sol. Y para este monstruo el verse privado del sol es irritarle tanto como privarle de comida.

—No cabe duda de que sin sol pasará frío—comentó el Pirata Negro— Y estará muy mojado con tanta agua.

—Tu buen humor es de desear que siempre Alá te lo conserve, portugués jactancioso.

Vióse entre el líquido deslizarse una superficie grisácea y escamosa que avanzó hacia el borde del estanque...

Dos grandes sierras se abrieron en dentada blancura pastosa y un enorme cocodrilo aspiró aire, dejando oír un leve quejido que semejó el llanto de un niño...

—Llora rabioso—dijo Hadji Hasan complacido—. Tiene hambre y quiere sol. Un bello animal.

—Lo que me parece es un repugnante bicho—replicó el Pirata Negro—. Un lagarto tan gordo le daría asco a cualquiera que no fuera yo... y tú.

—Su cola partió en dos pedazos a un nubio que hace cinco lunas me desobedeció. Lo traje aquí haciéndole resbalar al estanque. Fué un espectáculo delicioso. También de cuando en cuando le recompenso con los restos de algún cautivo que muere.

Por primera vez oyó Lezama la honda risa del pirata argelino.

—¿No te atreves, fanfarrón?

—De un pistoletazo yo...

—Con arma blanca, que con pólvora cualquiera se atreve. Esta prueba la he ideado porque si con la pantera has podido demostrar fuerza y agilidad, es porque estabas con los pies aplomados.

—Más tiempo tuve los pies por el aire que en el suelo.

—Pero era tu elemento. Aquí has de lanzarte al agua y demostrar tu astucia combativa en elemento hostil.

—He buceado en peores zambullidas, Hadji Hasan. Los tiburones son más listos que estos lagartos y si yo me colgase del cuello todas las aletas de tigre de mar que he matado a puñaladas, sumarían miles de millares mis trofeos.

Colocóse el Pirata Negro el puñal entre los dientes y pegó una palmada en el borde del estanque.

Rauda como una saeta precipitóse el cocodrilo…

Hadji Hasan lanzó un grito de asombro al ver el salto con el que el Pirata Negro cabalgaba a horcajadas el escamoso lomo del monstruo.

Giró el cocodrilo sobre sí mismo, revolviendo las aguas turbias y frías, mientras los veloces coletazos levantaban penachos de espuma y torbellinos de agua…

Intentó zambullirse pero las piernas del Pirata Negro no soltaron el vientre resbaladizo que rodeaban entrelazándose bajo él por los tobillos cruzados, mientras con una mano apoyaba fuertemente sobre el espacio comprendido entre los dos glaucos ojos del monstruo.

Ofreció el Pirata Negro su mano armada que mantenía extrañamente el puñal por el centro de la hoja con la empuñadura hacia abajo.

Las dos mandíbulas se abrieron golosas cerrándose rápidamente en seco restallido.

Creyó Hadji Hasan que el brazo derecho del Pirata Negro asiendo el puñal había quedado cercenado, pero el mitológico centauro levantó ambos brazos sin descabalgar.

Y comprendió “Mezzomorto” la treta, al ver asomar la punta del puñal por entre los dos ojos del cocodrilo, el único espacio blando de su coraza de escamas y también el único punto mortalmente vulnerable.

De nuevo abatió los brazos el Pirata Negro, abrazándose al largo morro, para mantener la presión mortal de la hoja de acero, sin descabalgar en evitación de los coletazos.

Siguió arqueado prolongando el abrazo…

El cocodrilo que instintivamente quiso hacer presa en el brazo armado, quedóse con el paladar atravesado hincándose el mismo la hoja en el escaso cerebelo alojado en la porción comprendida entre los dos ojos.

Y su mandíbula inferior seguía presionando la empuñadura, clavando el puñal.

Decrecieron sus espasmos, giró lentamente sobre sí mismo y su cola quedó inmóvil.

El Pirata Negro se irguió y abriendo las fauces en poderoso esfuerzo arrancó el puñal que blandió en el aire.

—¡Y van dos!—gritó estentóreo.

Mojó en el agua el puñal para quitarle sus viscosidades, y saltando hacia delante abandonó su cabalgadura apoyando ambas manos en el reborde del estanque, donde en ágil dominación de muñecas quedó en pie, mientras el cocodrilo quedaba flotando vientre arriba...

—Éste ya no pedirá sol, Hadji Hasan, ni atraerá a incautos fingiendo llantos de niño abandonado.

El argelino, en silencio, abandonó el lugar donde ahora las turbias aguas del estanque artificial iban tiñéndose de rojos matices...

Fué vistiéndose el Pirata Negro, mientras en voz alta se dedicaba a sí mismo grandes elogios, entremezclándolos con ponderativas exclamaciones portuguesas de rimbombante entusiasmo por sus propias hazañas.

Cuando ya se hubo vestido, Hadji Hasan, siempre en silencio, echó a andar, escoltado por los nubios.

—La tercera prueba ha de demostrarme tu saña contra los blancos— dijo, cuando cruzaban bajo unos soportales de amplios arcos en ojiva.

Entraron en una sala de vastas proporciones desnuda de muebles y que al primer golpe de vista parecía deshabitada.

Pero, al adentrarse en ella, vió el Pirata Negro que el suelo se quebraba en hondo foso, en cuyo fondo multitud de seres de ambos sexos y distintas razas europeas yacían encadenados.

—Mis cautivos—y Hadji Hasan señaló las escaleras de piedra que conducían al fondo del foso—. Desciende y elige a cuatro ancianos y dos mujeres. Corta sus cuellos con tu espada. Esa es la tercera prueba, y si, como espero, dada su facilidad, sales triunfante, habrás ganado mi generosa magnanimidad.

Desenvainó con lentitud el Pirata Negro.

Calculaba mentalmente que de un pistoletazo podría derribar al nubio más cercano a él, mientras hundiese a la vez su espada en el pecho de “Mezzomorto”.

La flaca mano del argelino se apoyó inesperadamente en su antebrazo, con imperativo ademán.

—No desciendas, “rumi”. Hay en tus ojos intenciones de matar... y para quien como tú, ha demostrado ya, suficientemente su valor como nunca lo hiciera hombre blanco, infantil prueba sería la de degollar a varios de esos infieles. Quedas a mi servicio.

CAPITULO VIII

Un nuevo cautivo

Por espacio de cinco días el Pirata Negro vivió una monótona existencia, siempre mezclado a los nubios y escoltando a Hadji Hasan en sus paseos por el Zoco Ardiente.

Vió a “Cien Chirlos” acecharle con ansiedad, y sin hablarle logró hacerle comprender que se apaciguara y aguardase sus instrucciones.

Esperaba hallar ocasión de planear con toda seguridad de éxito el asalto al castillo, defendido por los piratas del zoco, y lograr sin daños la liberación de los cautivos, cosa que no conseguiría si ordenaba a los tripulantes del “Aquilón” que abrieran fuego desde el velero oculto en lejana bahía.

En el castillo tenía que dominar sus impulsos acometedores al presenciar cómo los nubios arrojaban al foso de los cautivos pedazos de carne y bazofia, como quien echa comida a perros hambrientos...

Con ellos también tenía que presenciar las comidas de “Mezzomorto”, cuyo escaso apetito requería multitud de platos y guisos que rechazaba continuamente, picando de vez en cuando en alguno, con muecas de desagrado producidas por su estómago ulcerado.

Fué al sexto día, y en ocasión de hallarse “Mezzomorto” comiendo, cuando llegó Tarbo, y, tras deslizar una mirada de rencor y a la vez temerosa hacia el Pirata Negro, se prosternó ante Hadji Hasan.

—Levanta, “rumi”—ordenó, con evidente desprecio, “Mezzomorto”—. ¿Para qué solicitaste que te concediera urgente audiencia? No gusto de ser molestado en mis comidas.

—En el Zoco Ardiente, gran Hadji Hasan, tus piratas han aprisionado a un rico español, que dice ser el gran almirante. Es joven y viste lujosas ropas y su espada tiene joyas. Lo traen a tu castillo, pero yo he querido ser el primero en anunciarte tan fausta noticia. Un gran almirante te producirá un abundante rescate.

—¿Cómo llegó al zoco?

—Me ha manifestado que desembarcó a solas de un pesquero alquilado y que su punto de procedencia es una isla del Atlántico llamada Santa Cruz de la Palma.

Como un relámpago cruzó por la mente del Pirata Negro una repentina sospecha.

Pensó en una confusión y malentendido de Tarbo, que, exagerando lo que había oído, atribuía el cargo de gran almirante al adelantado mayor de Santa Cruz de la Palma.

Dió por natural la actitud del enamorado Antonio Lecuona, quien, seguramente, no pudiendo resistir la añoranza y la lejanía de su prometida, venía a morir entregándose y ofreciendo en vano su fortuna, que le sería arrebatada con la vida.

Pareció como si "Mezzomorto" pensase lo mismo, porque murmuró, acariciándose la barba:

—Mucho poder tienen dos bellos ojos de mujer. La española Rosa ha servido de señuelo al adelantado, que consiguió escapar de mi galeón. Pero no ha podido escapar a la tela tupida del amor. Has hecho bien, Tarbo, en anunciarme tan fausta nueva. Que sea introducido ante mi presencia el prisionero.

Poco después, dos nubios, asiéndolo por los hombros, introdujeron en la sala a un atildado sujeto pelirrojo, cuyos dos brazos estaban atados bajo los sobacos a sus espaldas.

El Pirata Negro, reprimiendo una colérica imprecación, reconoció en el supuesto gran almirante a Diego Lucientes.

Deslizóse hasta quedar a espaldas de varios nubios...

El madrileño abrió la ancha boca para gritar:

—¡Respeto pido para mí, que soy el gran duque almirante Diego Lucientes! ¡Habráse visto turba de malandrines insolentes y sinvergüenzas que...! — De pronto quedóse boquiabierto contemplando el ceñudo semblante de Hadji Hasan. —¡Repámpanos! ¡Que me degüellen si tú no eres "Mezzomorto"!

—Lo soy. ¿Y tú, ¿quién eres?

—Yo soy el gran duque Diego Lucientes, almirante de la flota real de Su Magnífica y Poderosa Majestad el Rey de las Españas—anunció pomposamente el madrileño, con grave entonación—. Ya puedes ordenar a toda prisa que me desaten, “Mezzomorto”. ¡Cuidado con lo que haces conmigo! Que tanto negrazo a tu alrededor no te salvará de la muerte si me causas el más leve arañazo. Mi Rey te mandará ahorcar.

—Tú eres un mentiroso embustero farsante—dijo con sonoro énfasis el argelino—. Vas a servir de pasto a mis leones...

—¿También andan sueltos leones por tus muros poblados de cráneos lirondos y mondos? No es como para mondarse de risa, ni mucho menos, no—dijo Lucientes, con su habitual desparpajo, pero perlada la frente en sudores de angustia.

—El miedo trasluce en tus ojos, blanco.

—Tu acogida nada tiene de fraternal.

—¿Por qué mientes, al fingirte lo que no eres?

—¿Es que, por la carencia de mi antebrazo izquierdo, tengo derecho a ser un gran duque entero. Por almirante perdí el antebrazo, y es mi galardón.

—Si realmente fueses almirante, como pretendes, tu flota estaría cañoneando los muros de mi castillo y las calles de Zoco Ardiente. Y no hubieses venido solo.

—Escucha, “Mezzomorto”. Tú tienes cara de no ser tonto. Si fingí ser almirante, es para imponer respeto a tus bereberes del zoco, que me cayeron encima como nubarrón de avispas ansiosas de carne blanca...

—También mis leones ansían la carne blanca.

—Déjame hablar sin ponerme la carne de gallina...—dijo precipitadamente Lucientes—. Vengo en embajada, enviado por Antonio Lecuona, adelantado mayor de Santa Cruz de la Palma. Es el prometido de una española cautiva llamada Rosa Hoyos.

—Si es su prometida, a él le pertenece acudir con tal demanda, y no a ti, manco charlatán.

—Lo que me falta en brazo, lo suplo en lengua... Que todos tenemos nuestros defectillos, “Mezzomorto”, sin aludirte a ti.

—Tu charla me fatiga, y mis leones tienen hambre.

—¡Y dale con los leones!

—¿Por qué no ha venido en persona el adelantado mayor? Algo

de veracidad hay en tus palabras, porque reciente es mi incursión a poblados isleños.

—No pudo él venir porque malas fiebres le consumen en el lecho a consecuencia de las penalidades que sufrió al escapar de tu galeón.

—¿De qué eres tú amigo del infiel adelantado?

—Le recogió un pescador conocido mío. Me contó su desventura, y como mensajero suyo vine, confiando en tu listeza. O sea, que ordena que me liberen los sobacos porque estoy incómodo.

—Más incómodo estarás cuando apliques el cuello en un yunque y tu nuca sea acariciada por el filo de un alfanje—dijo Hadji Hasan, acariciándose la barba.

Deglutió saliva el madrileño intentando una sonrisa.

—Aléjame de tus leones y de tus alfanjes. Si me cortas el respiradero, perderás mucho oro, “Mezzomorto”. Yo soy hombre rico.

—¿Otro embuste?

—No. Es cierto. Él no me conoce, pero yo sí.—Y el Pirata Negro avanzó, cerrando de un manotazo la boca del madrileño, que iba a gritar su asombro ante la inesperada intervención. —Le odio porque es rico, blanco y cristiano. No miente, Hadji Hasan, al decirte que es rico. Posee gran fortuna en castillos, franceses y oro español.

—¿Por qué le has pegado en mi presencia?—inquirió, ceñudo, Hadji Hasan—. Sin mi autorización magnánima, no quiero que se castigue a ningún cautivo.

—Le abofeteé porque no te guarda el respeto debido, Hadji Hasan. Te llama por el apodo, y no demuestra respeto a tu gran poder cuando se ha atrevido a penetrar en el Zoco Ardiente. Es un lenguaraz impertinente. He oído muchas cosas acerca de este blanco, Hadji Hasan. Es un español loco y poeta, pero posee más oro del que pesa.

—Si tan rico es, ¿cómo viene de emisario de otro?

—Me huelo que hay mentira en sus palabras, Hadji Hasan—dijo reflexivamente el Pirata Negro—. Es posible que venga con el mensaje verbal del adelantado mayor, como dice, pero en España y en los mares le achacan una pasmosa facilidad por enamorarse. Casi estoy por afirmar que este mozo imprudente ha venido en pos de alguna de tus bellas cautivas...

Hadji Hasan rió con feroz mueca.

—Estos blancos infieles anteponen el amor a la riqueza— comentó, despreciativo—. Tienes agudeza, Bartolomé de Oporto.

—Gracias te doy, Hadji Hasan. Tu pupila es sagaz y sabe aquilatar mis cualidades.

Diego Lucientes parpadeó primero. Después afectó un aire de superioridad condescendiente.

—Si este Bartolomé de Oporto ha oído hablar de mí, sabe que nado en oro. Me ha tildado de loco. Si es loco quien de amor suspira, el mayor de los locos soy.

—¿Cuál de mis cautivas es tu amada, español? ¿Por cuál de ellas suspiras?

—Como suspirar, pues… por todas suspiro. Verás… Las altas y rubias me encantan. Tampoco me disgustan las pequeñas y morenas. Mi fortuna está en que me gustan todas en general y ninguna en particular.

—¿Te burlas, acaso, de mí, insolente? —vociferó el argelino.

—¡No! ¡Aparta de ti tal idea!… ¡Suspiro por Rosa Hoyos!—dijo, repentinamente inspirado, el madrileño.

Miró de soslayo al Pirata Negro, como queriendo hacerle comprender que no podía haber inventado una inexistente cautiva de la que estuviese enamorado.

—Comprendo que la niña española tenga tantos galanes— admitió “Mezzomorto”, complacido—. Mucho has de desearla cuando solo viniste al Zoco Ardiente.

—Confié en tu amor por el oro, Hadji Hasan.

—No intentes mentirme de nuevo. ¿Cómo viniste a Argel?

—Un pesquero me trajo a la costa bereber, pero no regresarán a buscarme hasta dentro de unos días. Su patrón no quiso exponerse a ser capturado…

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar por ti y la española?— inquirió ávidamente el argelino.

—Pide por tu boca, que en cosas tan serias no pienso regatear.

—Cincuenta mil escudos por ti, y doble cantidad por la rosa del vergel de tus amores.

—Cara me resulta la rosa de mi vergel, pero dispuesto estoy a…

—Déjame aconsejarte que dobles los rescates intervino el Pirata Negro—. Este mozo puede pagar mucho más. Le sobra en oro todo

lo que le falta en prudencia y vergüenza.

—¡Cómo se ve que me conoce tu Bartolomé de Oporto!—quejóse el madrileño, fingiendo enojo.

Una gran esperanza le invadía desde que había visto a aquel por cuya suerte temía.

—Ya lo has oído, blanco infiel. Cien mil por ti y doble cantidad por tu amada.

—Con consejeros como este diablo de portugués arruinarás a muchos personajes de mi alcurnia.

—Escribe a tus parientes más cercanos... — dijo “Mezzomorto”—. Irás ahora a una cámara donde permanecerás preso. Si dentro de tres semanas a lo sumo no han llegado trescientos mil escudos a mi poder, un alfanje cortará tu cuello. Recoge su carta, Bartolomé.

A una señal y unas palabras en dialecto nubio, los dos negros se llevaron a Diego Lucientes.

Tras ellos entró el Pirata Negro en una cámara. Los nubios cortaron las cuerdas que mantenían sujetos por la parte alta los dos brazos del manco pelirrojo.

Le indicaron en silencio una mesa, encima de la cual había pergaminos y un tintero en el que sobresalía el extremo de una pluma de ave.

—Escribe, zopenco—rezongó el Pirata Negro, frunciendo el ceño, y asiéndole por un hombro—. Esos negros no entienden una palabra de español. A gusto te voy a zarandear para que supongan que te estoy intimidando.

—No abuses de la situación, señor —dijo Diego Lucientes, sentándose y empuñando la pluma—. Me alegra verte.

—A mí me da náuseas. De los muchos perillanes que en mi camino se cruzaron, ninguno te igualó en imbécil desvergüenza. ¿A qué viniste aquí? ¿No te recomendé que cuidaras de mi hijo?

—En buenas manos quedó con Gaby. El adelantado tuvo fiebres... Me dolía verle suspirar como un cordero extraviado. Luego, estaba Mary Dear, que... me trae loco... Y aquí estoy.

—¡Escribe, maldito seas!... Inventa familia en Málaga.

—Buen vino—y el madrileño empezó a escribir—. Algo dulzón, pero, en fin, no me disgusta cuando puedo catarlo.

—¿Tu barco?

—Anclado en la costa.

—Algo es algo. ¿Kerbrat?

—Tiene orden, si dentro de veinticuatro horas no me encuentro con él en un lugar determinado, de cañonear y arrasar los...

—¿En qué lugar?

—En el oasis llamado Oued-der-Aizra, veinte leguas al este de Argel.

—Ya has hablado bastante. Ahora, escribe con patetismo poético pidiendo trescientos mil escudos en el plazo de una semana.

—Ten en cuenta, señor, que el cadáver barbudo y vivo separó por tres semanas su alfanje de mi bello cogote.

—Más le inspirará confianza en mí que tú abrevies el plazo.

—A mí él no me inspira confianza...

—Esta tarde iré yo al oasis Oued-der-Aizra.

Siguió escribiendo Diego Lucientes. Y, cuando hubo firmado, le arrancó el Pirata Negro el escrito, dándole un recio empujón...

—Y, ahora, entretén el ocio cantándole poesías a la luna, estudiante.

—Tú, Oporto, yo con familia en Málaga, cercanas las cepas de Argel, y aquí no huelo a mosto. ¿Cómo andamos de bebestible, señor? He pasado un trago amargo, y justo es que...

Por respuesta obtuvo un portazo, con el que abandonó la cámara el Pirata Negro, que instantes después entregaba el escrito a "Mezzomorto".

—Gran trabajo me costó obtener que pusiera por plazo una semana. Discutía mucho. No cesaba de hablar, y me tuve que imponer. Sus familiares más cercanos y más adinerados residen en Málaga.

Leyó Hadji Hasan las conmovedoras frases poéticas del madrileño dirigidas a un inexistente hermano, y, al terminar la lectura, aprobó, complacido.

—¡Feliz e inesperado suceso la llegada de este imprudente español!... ¿Tienes alguna nueva sugerencia que hacer?

—Creo, Hadji Hasan, que este infiel no nos dijo cuanto sabe. Me parece que yo debería indagar por la Blanca dónde recaló el barco en que dice haber venido. Y así podríamos, dentro de algunos días, capturar los pescadores que lo trajeron.

—¡Feliz el día en que te pusiste bajo mi magnánima protección,

Bartolomé de Oporto! Llegarás lejos a mi lado.

—No lo dudes. Mientras tan feliz momento llega, ¿puedo ir unas horas a la ciudad a indagar?

—Que Alá te acompañe.

CAPITULO IX

El ataque

En el oasis de Oued-der-Aizra, entre la frondosa vegetación y las altas palmeras en tupido círculo alrededor del agua susurrante, Ankou Kerbrat se consumía de impaciencia e intranquilidad.

Le había tomado cariño al que era su capitán, pero, disciplinado, tuvo que obedecer la prohibición del madrileño de que le siguiera como ofreció.

Cuando vió a dos árabes montados en sendos camellos acercarse al oasis, hizo la operación que ya varias veces, desde la ausencia de Lucientes, había tenido que realizar.

Quedó oculto e invisible bajo un lecho de grandes hojas de palmera. Desmontaron los árabes y los dos camellos quedaron acuclillados, erguida la desdeñosa cabeza de ojos malignos, y tristemente fieros...

—¡Ankou Kerbrat!

El bretón, al oírse llamar por su nombre, removióse nerviosamente.

—¡Ankou Kerbrat! ¿Dónde diablos te escondes?

Reconoció la voz del Pirata Negro, y, poniéndose en pie, corrió a su encuentro.

—Perdonadme, señor. No reconocí vuestra figura en esta ropa. Os creí un árabe nómada, asimismo como vuestro lugarteniente. ¿Y mi capitán? Temo que algún percance le haya sucedido.

—Preso está en poder de “Mezzomorto” en aquel castillo que allá al Oeste ves cercano al mar, junto al zoco, separado por olivos y cipreses.

—No quiso prestarme oídos—se lamentó el bretón—. Le previne que navegar por estos parajes era hallar muchos escollos traidores...

Se ha estrellado.

—Lo pondremos a flote—dijo sonriendo el Pirata Negro—. Dime, Kerbrat: ¿te contó tu capitán la razón por la cual emprendió el viaje tras mi estela?

—Dejó a los señoritos con la familia de la prometida del adelantado, y cuando la inglesa quedó alojada convenientemente, volvió conmigo al bergantín, y a toda vela pusimos proa a la costa bereber. Cuando cruzábamos el estrecho me dijo que huía de una rosa de hielo, en busca del ardiente sol africano. Y añadió que la tumba africana de un caballero español no podía quedar solitaria. Y que los que juntos habían navegado, juntos debían mezclar sus huesos bajo las arenas del desierto.

—¿Quién era ese caballero español de la tumba africana?

—Vos, señor—dijo con sencillez el bretón—. Mi capitán os suponía muerto...

—Me complace desengañar a tu capitán, Kerbrat. Ahora, prestadme atención los dos. Cuando caiga la noche y aparezca una antorcha girando en aspa por tres veces en lo alto del muro norte de aquel castillo, sabréis que habrá llegado el momento de actuar. Mi velero y el bergantín navegarán alejados hasta colocarse al amparo de la costa oeste. Desembarcarás con mis valientes el primero, guapetón. Arrasarás el Zoco Ardiente, que es la cuna y semillero de los asesinos de “Mezzomorto”. Tú, Kerbrat, dividirás en dos grupos a los tuyos. A retaguardia de mis valientes...

La exposición detallada del plan de ataque y liberación de los cautivos duró media hora.

* * *

“Mezzomorto” acogió con adusto ceño la llegada del fingido portugués.

—¿Qué has averiguado?

—Que se aproximan graves acontecimientos, Hadji Hasan. He visto a lo lejos un barco español que se dirigía hacia el estrecho. Iba, sin duda, a buscar refuerzos para atacar Argel... He leído en unos surcos de la arena cercanos a un oasis presagios funestos para ti, Hadji Hasan.

—No temas ni a los presagios ni a los barcos que pasan—refutó tranquilamente el argelino—. Ningún blanco pisará el suelo de mi castillo, que ya mis piratas del zoco darían buena cuenta de él.

—Así confío que sea. Pero, no obstante, yo seguiré indagando, si me das magnánima autorización. Quizá al manco español pueda yo sonsacarle esta noche algo, si me consientes que le dé tortura.

—Tortúralo, pero sin dañarle de muerte.

—Así lo haré, Hadji Hasan. Que Alá te proteja.

Cuando el crepúsculo obscureció el horizonte, el Pirata Negro paseaba por las terrazas altas junto a las almenas.

Eligió el punto apropiado, y, anochecido, dos centinelas nubios quedaron muertos. Poco después una antorcha describía tres aspas luminosas...

El nubio carcelero deambulaba por el pasillo, colgantes de su cinto las llaves de las cámaras donde quedaban encerrados los rescates considerados valiosos.

Cuando oyó unos cautelosos pasos deslizarse reaccionó tardíamente: la férrea opresión en su cuello ahogó su grito de alarma y el puñal blandido por el Pirata Negro hundióse en su pecho.

Poco después, Diego Lucientes apartóse de la enrejada ventana al oír rechinar el cerrojo de la puerta.

Entró el Pirata Negro, arrojando sobre el lecho tres alfanjes, dos pistolas y un manojo de llaves.

—Vete reuniendo en la cámara de Rosa Hoyos a los cautivos de las otras cámaras. Ahí tienes las llaves para abrirles...

—¿El centinela?

—Duerme su último y definitivo sueño.

—Esas armas serán para atacar...

—Para defender a Rosa Hoyos, aunque no creo que el caso se presente.

—¿Dónde vas, señor?

—A hacerle compañía a nuestro amigo Hadji Hasan. Dentro de unos instantes necesitará de mis buenos consejos.

* * *

Hadji Hasan terminaba de cenar cuando entró el Pirata Negro.

—¿Lograste que el manco de los cabellos de llama hablase?

—No tardará en hablar hasta por los codos. Le he dejado muy atareado.

Tendió el oído el argelino, aplicándose tras el pabellón de la oreja la descarnada mano en cóncava posición...

—¿No oyes extraños ruidos, “rumi”?

El Pirata Negro imitó el gesto del argelino.

—En efecto. Oigo como si repiquetearan en odres hinchados de viento. Serán las olas del mar que empieza a enfurecerse...

De pronto saltó en pie “Mezzomorto”, corriendo hacia el gran ventanal.

Trémulo de ira señaló hacia el zoco resplandeciente, que ardía por los cuatro costados, agigantando las siluetas de los luchadores trabados en feroz combate.

—¡Atacan a mis piratas!—gritó.

Una serie de explosiones formó cráteres de humo en el zoco...

Los barriles de pólvora y metralla lanzados por los tripulantes del “Aquilón” iban ultimando la labor de limpieza...

Un bergantín y un velero quedaron iluminados por estruendosos fogonazos que repentinamente rasgaron los aires en descargas artilleras de andanada, como si hubiesen aguardado la señal de las explosiones para atacar a los tres galeones surtos en la bahía.

—¡Al combate!—rugió “Mezzomorto”, y todos los nubios que habían acudido fueron increpados por el argelino, que les señaló el zoco ardiendo...

Desaparecieron blandiendo sus alfanjes los negros.

“Mezzomorto” desenvainó su acero de forma semilunar.

—Ven conmigo, Bartolomé de Oporto. Tenemos que matar a todos los cautivos y echarlos en el horno crematorio para que no quede rastro de sus cadáveres. Si, como me temo, son fuerzas españolas las que atacan, no deben hallar un solo cautivo en vida. Sería mi perdición...

—¿Por quién empezamos, “Mezzomorto”?—sonrió el Pirata Negro, llameantes los ojos.

—Por los del foso. Tendremos que ir deprisa. Oigo rumores de lucha en las cercanías... Apremia, Bartolomé de Oporto.

—¡Qué Bartolomé de Oporto, ni qué ocho cuartos! Aquí ni hay portugués ni hay más muerto que tú, “Tuttomorto”... Con que matar a tus cautivos, ¿eh? Si no fueras argelino, merecerías ser del país del Catay y el remoto Cipango, por la facilidad con que te he engañado. Ni soy portugués ni soy fanfarrón que no cumple lo que promete. Son mis hombres los que dentro de unos instantes entrarán en tu castillo a liberar a los cautivos. Vine a matarte, y encima de las

cenizas de este castillo de crímenes sólo quedará un cráneo: el tuyo.

CAPITULO X

Dos rumbos opuestos

Fué prodigiosa la increíble celeridad con la que Hadji Hasan, en vez de atacar, como esperaba el Pirata Negro, lanzóse en desenfrenada carrera hacia el patio.

Cuando el Pirata Negro llegó, tuvo apenas tiempo de ver desaparecer a “Mezzomorto” a todo el trote del camello que montaba.



Huía montado en un camello...

Saltó el Pirata Negro a lomos de otro caballo del desierto.

Los tripulantes del “Aquilón” entraban ya en el castillo... Más a retaguardia veíanse las huestes de aventureros dirigidas por Ankou

Kerbrat, que, vencida toda resistencia enemiga, avanzaban hacia el castillo.

De trecho en trecho cadáveres de nubios jalonaban el suelo destacándose en la arena.

Rojos resplandores anunciaban en la bahía y en el zoco el total exterminio de los galeones y los piratas de “Mezzomorto”.

Hadji Hasan, en su huida, hincaba salvajemente la punta de su alfanje en los ijares del camello para obligarle a dar su máxima velocidad.

Lo encaminaba hacia la ciudad de Argel...

—¡Detente, “Mezzomorto”!—gritó el Pirata Negro, lanzado en su persecución.

Pero el argelino, imprecando en horrorosas blasfemias, huía cobardemente, distanciándose...

Desenvainó Lezama su puñal, que lanzó con fuerza... Alcanzado en el hombro izquierdo, cayó el pirata bereber, mientras el camello seguía trotando hacia la ciudad.

Saltó el Pirata Negro, reteniendo a su montura por el ronzal.

Desde el suelo se extrajo “Mezzomorto” el puñal, que arrojó contra el Pirata Negro.

Al ladearse éste, quedó el acero vibrando y clavado en el largo cuello del animal, que se desplomó, seccionada la yugular.

—No sabes matar más que a inocentes...—murmuró el Pirata Negro, aproximándose a su enemigo—. Levántate, azote de los blancos. Sólo estás herido. Te queda un brazo y un alfanje. Aquí tienes mi cuello. Ven a por él, que yo voy a por el tuyo.

La luna iluminó el feroz combate, en que, con desesperada acometividad, intentaba Hadji Hasan malherir a su contrincante.

A sus recios mandobles con la pesada hoja corva y ancha, oponía el Pirata Negro la agilidad de sus burlonas esquivas.

Y cuando la justiciera espada atravesó mortalmente el corazón del inhumano argelino, el Pirata Negro exclamó:

—¡Acabó tu reinado de terror, Hadji Hasan!

* * *

Ankou Kerbrat y sus hombres procedieron a desencadenar los cautivos, que sollozaban de alegría.

Obedeciendo las instrucciones del Pirata Negro, que Ankou Kerbrat comunicó a Diego Lucientes, éste, al que rodeaban Rosa

Hoyos y los demás cautivos de las cámaras altas, habló a los del foso.

—A toda prisa debemos retirarnos a mi bergantín. No tardarán en acudir los argelinos.

Cuando llegó el Pirata Negro, sus hombres, formados en dos filas, prorrumpieron en vítores.

No sólo la presencia de su jefe les comunicaba una sincera alegría, sino que también les enajenaban de gozo los cofres del argelino que habían saqueado, y cuyo contenido atiborraba sus bolsillos a reventar...

—Señor Lucientes—saludó el Pirata Negro—, acompaña a tu bordo a la damita y a los rescatados. Cuando crucemos el estrecho, entonces arriaremos velas para discutir. Presto, vete con ellos y zarpa inmediatamente.

—Señor—dijo dulcemente Rosa Hoyos—, todos os quieren manifestar su hondo agradecimiento, y yo la primera. No hay palabras...

—No me juzguéis descortés—replicó, inclinándose, el Pirata Negro—si os ruego que dejemos para mejor ocasión el intercambio de cumplidos. Estamos en tierra enemiga..., y cuanto más mar pongamos de por medio, mejor. Ofrece tu brazo a la señora, capitán Lucientes. Mis hombres aguardan para seguir tras todos vosotros.

Como despedida, los tripulantes del “Aquilón” desparramaron estopas llameantes por todos los espacios de madera del castillo de los decapitados...

Y el incendio iluminó su retirada y también la tardía y prudente llegada de los argelinos.

El velero y el bergantín estaban ya lejos cuando los pesados galeones argelinos intentaban inútilmente darles caza, desistiendo de ello al aproximarse a los parajes del Estrecho de Gibraltar.

Y en Argel la Blanca un nombre fué pronunciado con odio.

El nombre que desafiante, y junto al cadáver decapitado de Hadji Hasan, “Mezzomorto”, quedaba trazado con el roto alfanje del argelino, con el que había sido cortada su cabeza:

“YO, CARLOS LEZAMA”

* * *

Una soleada mañana de fin de mayo, dos naves arriaron sus velas lejos de la costa bereber y cruzado ya el Estrecho de Gibraltar.

Diego Lucientes subió a bordo del velero, y en la sala capitana brindó jovialmente, alzando la copa de malvasía que le acababa de escanciar Carlos Lezama.

—Agravas tú mis locuras. Por suerte, viniste con tu bergantín.

—Me es grato también contemplarte despojado de tu ropaje moro. Semejabas un auténtico bandido...

—El hábito no hace al fraile. Hay bandidos que visten casacas de lechuguino y cubren los rojos cabellos con tricornio azul.

—La buena ropa disimula la mala calaña. Los cautivos me ensordecen cantando loas a tu hidalguía. Saben ya que obligaste a tus hombres a devolver el contenido de los cofres repletos de "Mezzomorto".

—Era oro de rescates. Con él podrán los liberados volver a sus puntos de origen.

—Con genialidades como ésta, señor Lezama, tú llegarás a rico el mismo día en que yo sea nombrado por unánime elección de los abstemios impenitentes presidente de la Junta de Bebedores de este infecto líquido llamado agua.

—El oro que para mi hijo quiero ha de ser oro limpio y bien ganado. Hablemos ahora de tu misión, señor Lucientes. Conducirás y desembarcarás en Cádiz a todos los cautivos. Y para que ellos regresen sin incomodidades a sus hogares, repartirás el oro de "Tuttomorto" de forma que más le alcance al que más lejos resida.

—Quieren agradecerte...

—Nunca de cuanto hago, bien o mal hecho, quiero ni espero agradecimiento. Me basta con cumplir a mi capricho.

—¿Me acompañas a Cádiz, señor?

—Rumbos opuestos, estudiante. Me dirijo a la isla palmeña.

—Tu hijo se alegrará. Y también Mary. Dijo que junto a los niños se quedaba, porque así allí volverías algún día.

Torció el gesto el Pirata Negro y cambió velozmente el tema de conversación el madrileño.

—Hablando de la isla palmeña..., ¿puedo susurrarte una confidencia?

El Pirata Negro miró burlón a Diego Lucientes.

—¡Tate!—murmuró—. ¿A que me vas a decir que...?

—Eso mismo—le interrumpió, sonriente, Lucientes—. Es bellísima esta rosa temprana. Tierna, un brote deudor, poco rocío...

No me mires con ceño feroz, señor. No cometeré la estupidez ni la traición de hablarle de amores a quien quiere a un sujeto honrado y sensato. Además, ella es casi una niña. Diecisiete años. ¿Te das cuenta? ¿Dónde están mis diecisiete años?

El Pirata Negro volvió a escanciar vino en la copa del pelirrojo.

—Tienes rasgos sensatos cuando quieres, pese a tu inflamable corazón.

—Gracias por el elogio... Pero, para evitarme, que, sin querer, contemplando a la canaria, broten poesías de mis labios, Rosa Hoyos vendrá a tu bordo.

—No. Tú la llevarás a su isla.

—Pero si lo lógico es que seas tú, quien la liberó y me liberó, por añadidura, quien...

—He dicho que no.

Diego Lucientes abrió la mano en ademán conciliatorio.

—No te irrites, hidalgo Lezama... Aleja de mí la tentación. Dale hospitalidad a Rosa, que si ella espinas no tiene, escamas tengo yo.

—De hombres es respetar a mujer ajena y dominarse.

—Ten en cuenta que su prometido sufre fiebres. Se le calmarán como por ensalmo y milagro cuando te vea coger la suave diestra de esta rosa fragante y colocarla en la suya febril...

—He dicho que no.

El madrileño se encogió de hombros y ladinamente entrecerró los párpados.

—Te conozco bien, señor. Sé que es imposible que te enamores de la primera belleza que te surja al paso... Claro que un imbécil podría suponer, ante tus negativas repetidas, que hay cierto temor...

—¿Temor de qué? ¡Imbécil! Procura hablar con lógica y sensatez.

—La lógica mohosa y la sensatez avinagrada me aconsejan que seas tú desesperada al enamorado Antonio... quien no haga consumir en la espera y a la enamorada flor isleña.

—Al fin y al cabo, tienes por una rara vez razón. Mi velero albergó ya otros idilios, ¿no? Bien puede ahora dar hospitalidad a la impaciente enamorada,

—Eso es. Serán felices esos dos tórtolos... y a ti te lo deberán. No me extrañaría ni pizca que al primer hijo que tuviesen le bautizaran Carlos.

—Más bonito nombre es que Diego. Y ahora desaparece de mi vista, estudiante entrometido y charlatán.

—Hasta que en La Palma te salude, señor. ¿Por qué no vienes unos instantes a mi bordo? Los liberados por ti quieren besarte las manos.

—Yo les beso a todos las suyas, pero aquí me quedo. Los sentimentalismos exteriorizados me horripilan... Ahueca, Diego Lucientes.

Acompañó el Pirata Negro hasta cubierta al madrileño, cuyo cálido apretón de manos devolvió, y poco después “Cien Chirlos”, que rondaba alrededor de su semidiós, se acercó presuroso al oír los silbidos con que le llamaba el Pirata Negro..

—Va a honrarnos con su presencia una damita, guapetón. Es casi una niña, buena y candorosa. Avisa a mis valientes que durante la travesía vestirán todos ellos de cuerpo entero, y al que diga una palabra malsonante le sonaré la testuz a puñetazos.

—Ya les diré lo tocante al caso, señor—aseguró “Cien Chirlos”—. Y, ¡voto al cuerno quemado y al calzón del borracho Satán, que...!

—Predica con el ejemplo, so bruto, o tú vas a ser el primero en servir de tambor.

—Como no llegó aún la dama que esperas...

—Pronto llegará, guapetón, vete a cumplir lo que te he dicho.

EPILOGO

Rosa Hoyos aceptó el apoyo del antebrazo tendido hacia ella al pisar la cubierta del velero.

Izadas sus lonas, el “Aquilón” fué alejándose rumbo opuesto al bergantín.

—Os querían ver los que habéis liberado, conde de Ferblanc— susurró ella al sentarse en el banco tapizado de la camareta.

Engalló la cabeza el Pirata Negro.

—Conde fué mi padre, señora, y conde será mi hijo. Pero yo soy Lezama a secas, que así nací entre la lezama de los montes panameños.

—Razón tiene el señor Lucientes cuando afirma que la nobleza la poseéis no tan sólo por cuna, sino por ejecutoria.

—El señor Lucientes habla sin tino ni tiento—y con irónica sonrisa, esforzándose en adquirir un sarcasmo que no sentía, el Pirata Negro sentóse delante de la rescatada—. Y vos habláis con sesudas palabras de gran rareza. Mi ejecutoria, como vos decís, no es más que un camino que elegí por capricho y que de caprichos siembro.

—Si caprichos llamáis a vuestros rasgos de valentía y generosidad, caprichos son que os merecerán la eterna gratitud de los que ahora pronto se hallarán en sus hogares, gracias a vos. Y, en cuanto a mí, conde de Ferblanc, yo...

—¿No os impondría reparo echar por la borda mi título? No me pertenece, porque lo cedí a mi hijo.

—Como gustéis, capitán Lezama.

—Os quedo agradecido, señora.

—Tampoco me deis tal título. Llamadme Rosa a secas. Soy una niña para un caballero como vos.

—Cierto. Muy niña. Si me hubiera casado a los dieciocho años, vos podríais ser mi hija.

—No me referí a vuestros años, sino a vuestra gran experiencia del mundo y sus costumbres adquirida tempranamente.

—Lo que pronto se adquiere, pronto se marchita y deja hondos surcos en el rostro y en el alma. Pero quien nació sonriente, vive siempre con la sonrisa dispuesta.

—Mucho me ha hablado de vos el señor Lucientes. Sois su héroe.

—No le hagáis caso. Inventa más que habla, debido al buen corazón que posee, aunque intente disimularlo. Es pródigo en el dar lo suyo y en alabar lo ajeno. ¿Deseáis un ligero refrigerio?

—No tengo el menor apetito—se excusó ella.

—Es natural. La emoción... de saber que pronto estaréis cerca de vuestro prometido os enajena el ánimo. Pero, tarde o temprano, comeréis. Parca es mi alacena en refinamientos.

—Parco ha sido mi hogar, pero feliz he sido y seré. ¿Sabéis una cosa, capitán Lezama? Estoy muy ofendida con Antonio.

—¿Por qué, mi niña?

Rosa Hoyos miró sonriente, con mohín infantil, al Pirata Negro.

—¿Conocíais esta expresión cariñosa de la tierra guanche?

—No—dijo secamente Lezama—. No la pronuncio con cariñosa entonación. Si no queréis que os llame “señora”, bien os he de llamar de alguna forma. Decíais que le guardáis ofensa a vuestro prometido. ¿Cuál es la razón?

—Debió ser él quien expusiera la vida viniendo en mi busca. Huyó del galeón del argelino...

—No huyó. Desafió la muerte por vuestra salvación, y si no acudió a vuestro encuentro no es por causa de su voluntad. Las fiebres le retienen en el lecho, y si delira, delira pronunciando vuestro nombre. Tened en cuenta que el señor Lucientes lo recogió agonizante casi. Bien; y ahora, excusadme. He de subir al puente. Cualquier cosa que deseéis, no tenéis más que ordenar al andaluz que en la puerta dejo a vuestro servicio.

Quedóse Rosa Hoyos mirando el umbral por donde acababa de salir el Pirata Negro.

Ahuyentó sus pensamientos la figura de un individuo de rostro caballuno y largas piernas esqueléticas que, terciada al hombro,

llevaba una guitarra.

—Entrad, señor—invitó Rosa.

"Piernas Largas" entró, secretamente halagado de haber podido ser inexplicablemente confundido con un caballero merecedor del calificativo de "señor".

—Soy Curro Montoya, señorita. Yo y mi "tocanta" somos vuestros esclavos. Nada hay mejor para alegrar esperas amorosas que oír el rasgueo de una guitarra.

—¿Conocéis la tonadilla de la canción canaria?

—Conozco la folia y su entrada.

—¡Qué bien!—palmoteó gozosa Rosa Hoyos—. Quiero olvidar la pesadilla de la tierra africana. Tocad, por favor. Yo cantaré. Sed bueno y no os riáis si mi garganta flaquea.

* * *

En el puente de mando, el Pirata Negro, brazos cruzados, contemplaba melancólicamente las verdosas aguas del Océano.

Un fresco girón de brisa encrespaba las largas olas con flecos de espumoso encaje.

De pronto, una voz suave y bien timbrada desgranó en el aire, procedente de la sala capitana, los dulces acordes de la folia:

"Todas las canarias son
como ese Teide gigante:
mucha nieve...
mucha nieve en el semblante
y fuego en el corazón."

Colocó Lezama los puños en las caderas.

—Sólo eso me faltaba para amenizarme el viaje...—rezongó—. Cancioncillas...

De nuevo la voz femenina, preludiada por unos acordes de guitarra, se elevó diáfana y pura, en leve temblor:

"Cuando una canaria quiere
a quien la sepa querer,
de tanto amar...
de tanto amar se muere
y muerta quiere también."

Carlos Lezama se encogió de hombros, en amarga burla de sí mismo.

—Quizá en Canarias, sin que yo lo sepa, está aguardándome la

mujer que sueño y anhelo...—murmuró.

Al cabo de un instante, en que las olas reflejaron un semblante aniñado, cerró los ojos, crispando los puños.

—Pero... ¡no puede ni debe ser Rosa Hoyos!...

FIN



¡¡DOS HEROES INOLVIDABLES!!

¡Las lecturas predilectas de todos los jóvenes!

EL PIRATA NEGRO

El azote de los corsarios, los traidores y los delincuentes.

TITULOS PUBLICADOS

1 — La espada justiciera.
2 — La bella corsaria.
— Sucedió en Jamaica.
4 — Brazo de hierro.
5 — La carabela de la muerte.
6 — El leopardo.
7 — Cien vidas por una.
8 — La bahía de los tiburones.
9 — El corso maldito.
10 — Rebelión en Martinica.
11 — Los filibusteros.
12 — La primera derrota.
13 — La dama enmascarada.
14 — Los tres espadachines.
15 — Los mendigos del mar.
16 — El Rey de los Zíngaros.
17 — Noches fantasmales.
18 — Monthar, el exterminador.
19 — La tumba de los caballeros
20 — Frente a frente.
21 — Esclavitud y rescate.
22 — Deuda saldada.
23 — El holandés fantasma.
24 — Mezzomorto.

¡Hágase reservar el próximo episodio, que supera en interés y emoción a los anteriores!

DIEGO MONTES

El patriota cien por cien, que lucha contra los opresores y los invasores.

El descendiente de **EL PIRATA NEGRO**, cuyas hazañas son dignas de las de su antecesor.

¡UN HEROE ESPAÑOL LEGITIMO!

Si sois lectores de EL PIRATA NEGRO,

¡no dejéis de adquirir los episodios de DIEGO MONTES!

TITULOS DE LOS PRIMEROS EPISODIOS:

1 — El bandolero heroico.
2 — Claveles sangrientos.
3 — El toro.

*

¡Coleccione los episodios de DIEGO MONTES y poseerá unos relatos emocionantes y vivos que leerá muchas veces!

¡ADQUIERA SUS EJEMPLARES ANTES DE QUE SE AGOTEN!

64 páginas de agradable lectura y sugestivas ilustraciones, 3 pesetas.

EDITORIAL **BRUGUERA** - BARCELONA

Notas

[1] Ver 'El holandés fantasma'. < <

[2] Ver 'El holandés fantasma'. < <